



INFANCIA

Jona Oberski

Lectulandia

Tres años en la vida de un niño judío plasman de forma concisa e intensa lo que significó para tantos seres la ascensión al poder del nazismo, la aparición de los primeros signos del racismo, la marginación social, el enajenamiento y, finalmente, la pérdida de los derechos básicos y de los seres queridos en los campos de concentración y de exterminio.

Lectulandia

Jona Oberski

Infancia

ePub r1.1

Maki 29.11.14

Título original: *Kinderjaren*
Jona Oberski, 1978
Traducción: Jan Schalekamp

Editor digital: Maki
Revisión y corrección: ifilzm
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

gras, in een blauwe theepot,
apart, tussen het groeiend
uitbloeiend, doorlevend gras gezet

(hierba en una tetera azul,
aparte, entre la hierba que crece,
se marchita y sigue viviendo)

JUDITH HERZBERG

Beemdgras en zachte dravik
(Espiguilla y avena tierna)

Error

No te asustes, todo va bien, estoy a tu lado.

La mano que se posó sobre mi mejilla era la de mi madre, cuya cara estaba muy cerca de la mía. Casi no podía verla.

Cuchicheaba y me acariciaba la coronilla. Estaba oscuro. Las paredes eran de madera. Había un olor extraño. Se percibía un rumor, como si hubiera más gente. Mi madre me levantó la cabeza y la hizo reposar sobre su brazo. Me apretó contra su cuerpo. Me besó en la mejilla.

Le pregunté dónde estaba mi padre.

—Se ha cometido un error, pero todo se arreglará. El viaje sólo durará un par de días, y nos acompañan otras muchas personas. Pronto volveremos a casa y papá estará allí esperándonos. Pero se han equivocado, y por eso tenemos que permanecer aquí un par de días, igual que cuando días atrás nos quedamos en casa de Trude. Te acuerdas de eso, ¿no? Trude había preparado coliflor, y cuando la puso en tu platito no te la comiste, porque no te gusta la coliflor. Quiso hacerte creer que los niños vienen de una coliflor, pero tú sabes que nacen del vientre de sus madres. Tú has salido de mi vientre, lo sabes, ¿no? Has visto las fotos en casa, has visto cómo saliste de mi vientre y cómo bebías la leche de mi pecho y cómo te bañaba. ¿Te acuerdas?

»Ayer, papá tuvo que salir de casa temprano para ir a la oficina. Entonces vinieron a buscarnos, pero tú estabas medio dormido. ¿Te acuerdas aún? Anduvimos un buen trecho. Yo dejé una nota para papá, porque se trataba de un error; en realidad no era necesario que fuésemos con ellos. Le darán la nota a papá y dentro de unos días volveremos a casa. Aquí hay mucha más gente y también hay niños, de forma que no te aburrirás. No hemos traído muchos juguetes porque tuvimos que salir de prisa. Ni siquiera me dio tiempo de avisar a la vecina. Menos mal que luego encontramos a muchos conocidos. ¿Te acuerdas? Aquel simpático señor L, que te gastaba bromitas. Él también prometió avisar a papá. A estas alturas, ya hará tiempo que lo habrá hecho. Quizá mañana, cuando amanezca, recibamos una carta suya.

»Aquí hay más gente, por eso hemos de hablar en voz baja. Si no, los despertaríamos, y aquí todos están cansados. Tú también, ¿no? En el tren te pasaste todo el tiempo durmiendo. ¿Te acuerdas del tren? Claro que no, mi tesoro, tenías demasiado sueño.

»Es un poco tonto que se hayan equivocado, pero en un par de días estaremos otra vez en casa.

Alguien hizo «chiiist». Mi madre susurraba tan cerca de mi oído que me hacía cosquillas.

—Ahora duérmete. Me quedaré a tu lado. Mañana iremos a echar un vistazo a nuestro campamento y en un par de días regresaremos a casa, con papá.

Me dio un beso. El aire que entraba por mi nariz estaba frío. Debajo de la manta

también hacía frío.

El segundo día llegó una carta de mi padre y el cuarto recibimos un pequeño paquete. Cada día, yo preguntaba si ya íbamos a volver a casa. Pero ella me decía siempre que lo haríamos en un par de días.

Una semana después volvimos a casa. Algunos salieron con nosotros, pero la mayoría se quedó allí.

Mi padre estaba esperándonos.

Nos besó, y mi madre y él lloraron.

El arlequín

Tú sabes muy bien quedarte con los ojos cerrados —me dijo mi madre—, así que ciérralos con fuerza. Te llevaré en brazos y los abrirás cuando te lo diga. ¿De acuerdo?

Cerré los ojos. A través de los párpados cerrados podía ver la luz encendida de mi cuarto, desde donde oía a mi padre.

—¿Ya podemos entrar? —preguntó mi madre.

Me levantó en sus brazos. Por un instante miré para ver lo que ocurría.

—No, tesoro mío, déjalos cerrados, me lo prometiste.

Me llevó a través de la casa. Y como mis ojos querían abrirse, me los tapé con la mano para impedírselo. Me di cuenta de que llegábamos a donde estaba mi padre.

—Ya puedes abrirlos.

En ese preciso instante mi padre y mi madre entonaron el Cumpleaños Feliz. Mi padre y mi madre me besaron en las mejillas y les devolví los besitos. Mi padre me cogió de los brazos de mi madre, que me miraba. Vi el reflejo de la lámpara en sus ojos oscuros. Sentí en mi mejilla la mejilla áspera de mi padre y el cosquilleo de sus pelos. Él tenía el pelo negro. El cabello de mi madre era rojo. Llevábamos puestos nuestros batines. El de mi padre era marrón claro. El de mi madre y el mío eran azul claro. Sobre la mesa había varios objetos de colores.

—¿No quieres abrir tus regalitos?

Miré a mi padre. Los colores de la mesa se reflejaban en sus ojos. Le di un beso en la nariz. Eso le hizo reír.

—¿No quieres ver tus regalitos más de cerca?

Fue a dejarme en el suelo, pero me encontraba muy bien en sus brazos. Continué aferrado a él, con un brazo alrededor de su cuello.

—Todo esto es para ti.

Mi madre me hizo una seña con la cabeza, me indicó la mesa y me dio un beso. Cogió de la mesa un pequeño paquete rojo, empezó a abrirlo y me preguntó si quería ayudarla. Mientras sostenía el paquete, intenté con una mano quitar el papel. Se desgarró.

—No importa, no es más que el envoltorio.

Mi padre me dejó en el suelo. Con las dos manos quité el papel. Apareció un muñeco plano, de madera y con cuerdecillas. Su cuerpo era marrón, rojo y amarillo. Su cara reía. Mi madre cogió una de las cuerdecillas y la levantó.

—Tira de aquí.

Con una mano me agarré al batín de mi padre y con la otra di un tirón a la cuerdecilla. Mi madre me ayudaba y el muñeco abría y cerraba sus pequeños brazos y piernas cuando yo tiraba de aquella cuerdecilla y la soltaba.

—Colgaremos el arlequín encima de tu cama. Aquí lo tienes, tesoro mío, cógelo

con las dos manos.

Lo cogí y me divertí mucho con mi muñeco. Mi padre rodeaba los hombros de mi madre con un brazo, y todos juntos mirábamos bailar al pequeño arlequín. Me reía mucho cada vez que separaba las piernecillas. Ellos también reían.

—Hay muchos más regalitos. Mira.

Yo contemplaba el arlequín que sostenía en las manos.

—Tiene demasiadas cosas a la vez, es mejor dárselas más tarde —dijo mi padre.

Me cogió por la cintura con sus grandes manos y volé por los aires, riendo con ganas. Entonces me subió sobre sus hombros; se inclinaba mucho cuando pasábamos por debajo de los dinteles, y ¡paf!, me dejó caer sobre la enorme cama que compartía con mi madre. Me metí debajo de las mantas azul claro. Mi padre y mi madre tomaron el té en la cama. Mi pequeño arlequín nos hizo reír mucho.

Luego me dieron los demás regalitos.

Tendero

La puerta de la tienda quedaba a mis espaldas. Estaba abierta. Mi madre se encontraba dentro. Oí que hablaba con el tendero. La lluvia golpeaba mi capucha. Mis manos permanecían secas bajo el pequeño capote. Saqué una mano y vi que la lluvia caía sobre ella. Las gotas me daban golpecitos fríos, cada vez en un lugar distinto.

A mi alrededor había arena por todas partes. Cogí un ladrillo amarillo claro y lo puse sobre la arena de color amarillo oscuro. Lo solté. Cayó de costado. Con el mismo ladrillo aplané un poco la arena. Entonces quedó derecho.

Mi madre se puso a mi lado.

—¿Te gusta estar aquí, bajo la lluvia? ¿Quieres tu cubo y tu pala? Ahora voy a buscártelos.

Miré alrededor. No había nadie más. Sólo vi la tienda: un escaparate mojado y un agujero oscuro. Mi madre regresó dentro y dijo que me quedaría jugando delante de la puerta.

—¡Bueno! —gritó el tendero.

—En un momento me verás allí arriba, en la ventana —dijo mi madre. Señaló nuestra ventana y se dirigió a casa. La seguí con la mirada. El tendero se colocó en el vano de la puerta.

—Qué buena la lluvia, ¿eh?

Le señalé a mi madre.

—Volverá enseguida —me tranquilizó.

Mi madre dio unos golpes fuertes en el cristal de nuestra ventana y me hizo señas con la mano. Reí y le contesté de la misma manera. Cogí otro ladrillo y también lo puse derecho. Cada vez que lo soltaba se caía. De repente, mi madre estuvo a mi lado. Hundió la pala en el suelo y llenó el cubo de arena.

—¿Ves? Así —dijo.

Eso ya lo sabía. Cogí la pala y empecé a llenar el cubo de arena.

—Subo otra vez —anunció, y me besó la frente mojada.

Yo le di otro beso en la barbilla mojada.

Aplané la arena a golpes de la pequeña pala. Ahora los ladrillos quedaban derechos. Mi madre me había traído también un pequeño molde.

Lo llené de arena varias veces. Puse en fila todos aquellos flanes de arena.

Los ladrillos cayeron. Vi dos pies. Me levanté. Un chico estaba mirándome. Levantó una pierna y la mantuvo suspendida sobre uno de los flanes. Miró los flanes. ¡Plaf!

Aplastó el mayor de todos. Pisó el resto. El pequeño molde desapareció en la arena.

—¡Ja, ja, ja! —gritó, y se fue.

Me eché a reír. Desenterré el molde ayudándome con la pala. Aplané un trozo de arena y puse encima los flanes nuevos. Llené bien el cubo para hacer un flan muy grande. Alisé un trozo con la mano. Los pies descendieron casi encima de mis manos. Retiré éstas rápidamente y alcé la mirada hacia el chico. Aplastó todos los flanes, mientras observaba sus propias pisadas. Gritó: «¡Ja, ja, ja!» y «Muy bien», y «Te lo merecías». Miré hacia nuestra ventana. No vi a mi madre. La puerta de la tienda estaba cerrada. De pronto, arrancaron la capucha de mi cabeza.

—¡Ja, ja! Un auténtico abrigo de judío.

La arena se derramó sobre mi cabeza. Me eché a llorar. El pequeño cubo cayó a mi lado. Me levanté. Corrí a casa. Subí la escalera a toda prisa. Golpeé la puerta varias veces. Abrió mi madre. Me levantó en brazos.

—Oh, tesoro mío —dijo—, ¿qué te ha pasado? —Me apretó contra su cuerpo. Cuidadosamente, me quitó la arena de la cara con un guante de aseo. Me besó y me acarició el cabello para limpiarlo también. Dejé de llorar—. Uf, ¡qué suspiro más profundo! —añadió. Me llevó hasta la ventana—. ¿No has traído tu pala y tu cubo?

Fue a buscarlos. Yo no quise acompañarla. Me quedé mirando por la ventana. Volvió. Fui hasta la puerta, a su encuentro. Le pregunté si traía también el pequeño molde. Se fue otra vez. No consiguió encontrarlo.

Más tarde, mi padre regresó a casa. Le contamos lo que había ocurrido. Preguntó si el que lo había hecho era el hijo del tendero. Asentí con la cabeza. Mi padre salió. Miré por la ventana y lo vi entrar en la tienda. Regresó al cabo de un rato. Me sentó sobre sus rodillas y me dio un besito. El tendero le había dicho que era imposible que hubiese sido su hijo, que siempre nos había vendido cuanto le habíamos pedido y que eso ya le había causado bastantes problemas; añadió que, además, mi madre me había dejado sólo con él delante de la tienda. Mi padre le dijo a mi madre que no volviese a hacerlo.

La tarde siguiente mi madre lloró. Mi padre la consolaba.

—No quiso venderme nada —dijo ella—. Le pregunté el motivo, porque siempre le hemos pagado bien. Respondió que lo tenía prohibido.

Mi padre le propuso a mi madre que comprase en la tienda de un conocido que estaría dispuesto a ayudarnos. A mi madre le pareció un poco lejos, pero no tenía más remedio que ir allí.

Subí hasta el regazo de mi madre. Puse un brazo alrededor de su cuello. Me apretó contra ella. Mi padre se unió a nosotros.

—Nuestras cabezas forman ahora un círculo —dijo—. Así podemos besarnos los

tres a la vez.
Y así lo hicimos.

Limpiador de cristales

Ha venido el limpiador de cristales. —Mi madre me despertó suavemente de la siesta—. ¿Vienes a verlo?

Me incorporé y le rodeé el cuello con los brazos. Me levantó y me llevó hasta la sala grande. La estufa estaba encendida y la lámpara también. Había música.

Me instalé confortablemente en el sofá, frente a la librería. El limpiador de cristales me saludó con la mano a través de la ventana. Yo también lo saludé. Mi madre me dio una taza llena de leche caliente. Fuera estaba oscuro. El limpiador de cristales iba vestido de blanco. Con la esponja mojaba los cristales. Frotaba de arriba abajo, de izquierda a derecha, y otra vez hacia la izquierda. De vez en cuando rascaba con la uña. Después repetía la operación con otra esponja que sumergía en otro cubo. Aplastaba la esponja mojada contra la ventana. Sinuosos chorros de agua descendían por el cristal. Con el limpiacristales negro quitaba casi toda el agua: izquierda, derecha, izquierda, derecha, trazando amplias curvas. Del cubo blanco cogía la gamuza, la escurría y la plegaba. Izquierda, derecha, igual que con el limpiacristales, pero entonces no se movía con tanta suavidad. Yo oía los chirridos en el cristal. Mi madre levanto la mirada de la tabla de planchar. Subió el volumen de la música.

—¿Te gusta esta música?

Asentí con la cabeza. Ella empezó a cantar.

—Fue Mozart quien la compuso. Así se llamaba, Mozart.

Recuérdalo bien. —Puso la plancha derecha sobre la tabla y cogió otra prenda del montón—. ¿Quieres ayudarme a humedecerla? —me preguntó.

Bebí otro sorbo de leche caliente. Después fui hacia ella. Mi madre sumergió mi mano en el agua tibia y roció la tela del vestido con unas cuantas gotas. El limpiador de cristales apretó los labios y con la cabeza hizo una señal de aprobación. Se colocó en el borde del alféizar, desplazó la escalera y procedió a mojar la otra ventana. Mi madre enrolló el vestido. Sumergí otra vez la mano en el agua, rocié otros vestidos y los enrollé. Después me rocié el cabello.

Fui hacia mi cuarto, subí a la cama y cogí el arlequín. Lo hice bailar para el limpiador de cristales. Aplaudió. Después bajó de la escalera.

Mi madre me acogió en su regazo. Me cepilló suavemente el cabello, una parte hacia la izquierda, otra hacia la derecha.

—Fíjate en lo guapo que eres, qué rizos tan bonitos. —Ladeó un poco la cabeza, me contempló e hice lo propio—. Mírate en el espejo.

Miré hacia la ventana y vi nuestro reflejo, los dos sentados. Mi madre tenía la cara muy cerca de la mía. También se veían claramente la lámpara y la funda blanca de la tabla de planchar.

Transbordador

Mi madre me abrochó el capote y me cubrió la cabeza con la capucha. Sacó mis manos a través de las aberturas laterales y me puso los mitones. Me dio un beso y cogí la mano de mi padre.

Descendimos juntos por la escalera de piedra del zaguán y salimos a la calle.

Recorrimos la calle por el lado más corto, a través de la nieve, cruzamos la estrecha franja de terreno y llegamos al embarcadero del pequeño transbordador, junto al río Amstel. Soplaban un fuerte viento y las olas chapoteaban contra la madera oscura.

El transbordador estaba en la otra orilla. Yo tiritaba de frío. Mi padre extendía los brazos y los golpeaba contra su cuerpo. Al mismo tiempo empezó a patalear rápidamente. Imité sus gestos. Él me dio la mano y de esa forma los dos estuvimos pataleando hasta que el transbordador amarró y subimos a bordo.

—¡Eh, tú! —me dijo el barquero—. ¿Aún quieres conducir una barca?

Asentí con la cabeza. Los tres nos dirigimos hacia la cabina del timonel. El barquero subió la escalera.

—¡Vamos! —gritó desde arriba—. ¿Subes o no? Tenemos que salir.

Consulté a mi padre con la mirada. Mi padre dijo al barquero que tal vez no fuese posible. La cabina era muy pequeña. ¿Y si alguien se daba cuenta?

—¡Qué va! No hay nadie más en la barca.

Mi padre me llevó hasta lo alto de la escalera. La puerta se abrió y entré. Mi padre ya no cabía. A través de la ventanita de la puerta vi su cabeza descender lentamente. Miré al barquero. Me levantó y me mantuvo con la cara a la altura de la ventanilla. Al pie de la escalera estaba mi padre, que me saludó con la mano. Me reí. El barquero me dejó en el suelo.

—Salimos.

Hizo girar toda clase de cosas y tiró de una cadena. Me asustó el silbido. Frente a mí tenía una gran rueda de timón con un asidero.

—Tú serás el timonel —anunció—. Si lo haces girar en este sentido iremos hacia allí, y si gira en este otro sentido iremos hacia el otro lado.

Había tanto alboroto que casi no le entendía. Todo vibraba y tintineaba, y el motor hacía un terrible ruido. Nos balanceábamos, y por eso supe que ya habíamos dejado atrás la orilla. El barquero cogió mis manos y las puso sobre la rueda. Yo miraba alrededor.

—¡Ah, claro, no puedes ver nada! —exclamó.

Me levantó con una sola mano. No resultaba nada agradable que a uno lo levantasen de aquella manera. Abajo estaba mi padre, mirando el agua. El viento agitaba sus cabellos delante de su cara. Nos hallábamos en medio del agua. Podía ver las olas. Cogí la rueda del timón y la hice girar.

—Fíjate en lo que haces —me advirtió el barquero—, ahora navegamos en la dirección equivocada.

Observé que ya no íbamos hacia la otra orilla, sino río arriba.

—¡Atrás, atrás, capitán! —gritó entre risas.

Hice girar la rueda del timón con todas mis fuerzas en sentido inverso y empezamos a navegar otra vez en la dirección correcta. El barquero me puso en el suelo y soltó una carcajada.

—¡Menudo batelero estás hecho!

Cogí la rueda y quise hacerla girar de nuevo, pero esta vez no se movió.

—Ahora déjalo, vamos a atracar —dijo. Hizo girar la rueda rápidamente. Yo lo contemplaba, pero ya no me levantó.

Cuando el transbordador se detuvo por completo, me llevó consigo a la cubierta.

Mi padre sacó un cigarro del bolsillo interior del abrigo.

—Ve al barquero y dale este cigarro, por haberte dejado manejar el timón.

Yo estaba mirando a mi padre. El viento agitaba mi pequeño capote en todas las direcciones. Había manchas negras en la tela amarilla.

—Mira eso —dijo mi padre—. Bueno, eso es lo que suele ocurrir cuando conduces un barco.

Le di el cigarro al barquero.

—Muchas gracias. ¿Volverás?

Cuando bajamos a tierra, le dijo a mi padre:

—El chico lo ha hecho muy bien. Y ya sabe hablar correctamente el holandés.

—Ha nacido aquí —repuso mi padre—. Nos esmeramos en hablar en holandés con él.

—¡Qué pronto habéis vuelto! —dijo mi madre cuando entramos.

—Le permitieron conducir el pequeño transbordador, y luego ya no quiso pasear.

—¿Se mostró contento el barquero con el cigarro?

—Sí, le gustó mucho el detalle —contestó mi padre—. Es un hombre simpático. ¡Ojalá todos fueran como él!

Dijo también que mi pequeño capote se había manchado de grasa y fue a la cocina a limpiado.

Mi madre cogió mis manos entre las suyas. Las mías estaban frías, las suyas cálidas. Sentí que me hormigueaban los dedos.

El señor Paul

Mi padre me llevó a su oficina. Mi madre había cosido una estrella amarilla en mi abrigo.

—Ahora tú también llevarás una hermosa estrella —dijo—, igual que papá.

La estrella me parecía bonita, pero hubiera preferido no llevarla. Tuvimos que andar mucho rato. Menos mal que de vez en cuando mi padre me llevaba a hombros.

Cuando llegamos vi una puerta normal y corriente, igual que la nuestra. Pedí que me dejara tocar el timbre, pero mi padre dijo que prefería hacerlo él. Pulsó el timbre varias veces seguidas y le pregunté por qué hacía eso, ya que a mí nunca me dejaba hacerlo sonar más de una vez, y muy brevemente. Respondió que me lo explicaría más tarde. Subimos por una escalera de madera y atravesamos un oscuro pasillo. Al final llamó a una puerta. Alguien abrió y saludó a mi padre en voz baja.

Después, dirigiéndose a mí, agregó:

—Así que tú eres el hijo de tu padre; encantado de conocerlo, señor. —Y me dio la mano.

Solté una risita y mi padre me dijo que tenía que saludar al señor Paul. Después, me enseñó dónde estaba su puesto de trabajo. Había una mesa pequeña con una máquina de escribir. Explicó que tenía que salir un momento para buscar algo en otra habitación, y que yo, mientras tanto, podía sentarme en su sitio o dar un pequeño paseo, pero sin tocar nada. Me señaló hacia qué cuarto se dirigía.

A los lados de la mesa de mi padre había sendas mesitas con una máquina de escribir, y al lado de ellas, otras. Y delante y detrás de mí había aún más. Me levanté y fui hasta donde estaba el señor Paul. Le pregunté para qué servían todas aquellas máquinas. Respondió que servían para escribir y me preguntó si ya las había contado. Fue lo que me puse a hacer. Recorrí los pasillos de una parte a otra y conté treinta máquinas. Era correcto. El señor Paul me preguntó si tenía ganas de mecanografiar algo. Lo miré para saber si de verdad me dejaba hacerla. Me sentó sobre sus rodillas e introdujo una hoja limpia en la máquina. Me enseñó qué era lo que tenía que hacer, explicándome exactamente cada uno de sus movimientos. Después me cogió el dedo y escribimos juntos mi nombre. Hizo girar un poco el rodillo para que pudiese leerlo.

—¿Te gusta?

Yo quería seguir escribiendo. Cogió unos cuantos cojines, los amontonó en la silla de mi padre y me sentó encima. De ese modo conseguía alcanzar las teclas sin dificultad.

Empecé a escribir. Él también se puso a escribir otra vez en su máquina. Intenté mecanografiar el nombre de mi padre, pero era muy difícil encontrar las letras correspondientes. Todas estaban muy mezcladas y no se parecían a las que había

aprendido en el parvulario. El señor Paul me dio permiso para pedirle que me ayudase cada vez que no lograba encontrar una letra. Entonces la señalaba en su propia máquina. A continuación, yo volvía a mi sitio, subía al montón de cojines y la escribía en mi hoja de papel. Al cabo de un rato ya no tuve ganas de continuar. El señor Paul también había dejado de trabajar. Revolvió todavía un poco sus papeles, pero aparte de los crujidos que producía, el cuarto estaba muy silencioso. El papel brillaba ante mis ojos. Las teclas de la máquina relucían.

Mi padre volvió y vio que había escrito a máquina.

—Ha sido muy amable por su parte, señor Paul —dijo.

Nos marchamos. Di la mano al señor Paul. Me preguntó si le permitía quedarse con ella, pero contesté que no sacudiendo la cabeza. Luego pregunté a mi padre si podíamos llevarnos a casa una de aquellas máquinas de escribir. Mi padre respondió que no era posible. Pero, a cambio, dejó que me llevase mi hoja de papel.

Cuando estuvimos en casa, se la enseñé a mi madre y le hablé de la luz blanca sin pantallas, de todas las máquinas de escribir y del señor Paul.

La Puerta de Muiden

Me despertó el grito de un hombre. La puerta de mi dormitorio se abrió bruscamente. Alguien entró dando fuertes patadas en el suelo. Se encendió la luz.

—¿Qué es lo que hay aquí? —preguntó el hombre a gritos.

Mi madre entró detrás de él. Dijo:

—Es el niño —contestó—. Salga de la habitación, yo me ocuparé de él.

—¡Rápido, rápido! —la urgió el hombre.

Mi madre se acercó a mi cama y me acarició la cabeza. Me quedé con los ojos cerrados.

—Despiértate, tesoro mío, debemos emprender un viaje. ¿Te acuerdas? Te dije que quizáuviésemos que marcharnos otra vez. Pues ha llegado el momento. Sé bueno. Vístete sin mi ayuda, como otras veces.

—¡Rápido, rápido! —repitió el hombre.

Esta vez sus gritos llegaban desde otra habitación. Me volví y apagué la luz. Quería dormir. La luz se encendió de nuevo. Oí que gritaban «¡Rápido!» muy cerca de mí. Alguien me apretó el brazo, me arrancó la manta. «¡Rápido!» Chillé. Con la mano libre cogí la manta y me cubrí. Entró mi madre y le dijo al hombre:

—Pero ¿qué se cree usted? ¿Acaso no tenemos derecho a vestirnos? El niño se ha echado a llorar por su culpa. Ya le dije que yo cuidaría de él. Ahora tardaremos todavía más.

—¡Rápido! —gritó el hombre—. Tenemos que marcharnos de inmediato, obedezco órdenes.

Con un amplio y brusco movimiento se echó el fusil al hombro y salió de la habitación. El fusil golpeó violentamente la puerta. Mi madre me pidió que por favor me vistiese solo, como otras veces. Ella tenía que hacer muchas cosas. Me dio un pantalón. Debía estar listo para cuando ella volviera. Empecé a vestirme lentamente. El hombre del fusil se acercó a la puerta. «¡Rápido!», gritó una vez más. Le arrojé mi calcetín, llorando. Llamó a mi padre, que recogió el calcetín del suelo y me advirtió que no debía hacer eso. Me ayudó a vestirme.

Mi madre entró y me preguntó qué cosas quería llevarme para el viaje. Se fue corriendo. Un momento después, el hombre de verde se acercó otra vez a mi puerta. Escondió el fusil, pero lo vi antes de que lo hiciese. Se fue cuando comprobó que ya me había vestido.

—¡Rápido! —volvió a gritar—. ¡Rápido!

Mi madre entró para preguntarme de nuevo qué quería llevarme, porque tenía que cerrar la maleta. No se me ocurrió nada. Cogió mi chupador y salió para guardarlo. Nos pusimos los abrigos. Entonces quise llevarme el arlequín. Mi madre dijo que era demasiado tarde, que la maleta ya estaba cerrada. Me eché a llorar. Mi padre dijo que tendría que llevar yo mismo el arlequín. Lo descolgó de la pared y me lo dio. Se

apagó la luz, se cerró la puerta y bajamos la escalera. Mi padre cargaba con dos maletas, mi madre con dos bolsos. Yo iba agarrado de su abrigo. Cada vez que mi padre dejaba un momento las maletas en el suelo, el soldado gritaba «¡Rápido!». Teníamos que ir muy lejos. Me eché a llorar de nuevo. Mi madre quiso cogerme en brazos, pero le resultó imposible. Entonces cogió una de las maletas y mi padre me subió a sus hombros. El soldado gritó «¡Rápido!». Mi madre le dijo que si tenía tanta prisa, que cargase él también con algo. Replicó que no podía ayudarnos porque lo tenía prohibido.

—Entonces iremos tan despacio como nos dé la gana —le dijo mi madre.

El soldado cogió su maleta.

Después de andar un buen rato, la dejó en el suelo.

—A partir de aquí debéis llevarla vosotros —dijo—, porque si no ellos podrían verme.

Después de doblar la esquina tuvimos que entrar en una casa.

En la casa había más gente. Nos dijeron que no teníamos derecho a llevar dos maletas y dos bolsos. Sólo una maleta para mi padre y otra para mi madre. Ésta intentó trasladar parte del contenido de los bolsos a las maletas. Sacó una serie de cosas de las maletas y las puso en un rincón de la habitación.

La gente se quejaba del comportamiento insolente de los soldados. Mi madre explicó que el nuestro había cargado con una maleta, aunque lo tuviese prohibido, y que al fin y al cabo sólo hacían lo que les ordenaban. Los demás echaban pestes contra los soldados.

Se abrió la puerta. Se hizo el silencio. Entraron más personas en la habitación. La mayoría vestía abrigos largos y negros.

Llegó un coche y todos tuvimos que subir en él. El coche iba lleno hasta los topes. No vi más que abrigos. Bajamos y nos hicieron entrar en una gran sala. En todas partes había personas y mesas. El alboroto era enorme. Arriba, en unos palcos, vi más gente. Pregunté dónde estábamos.

—Esto era un teatro —contestó mi padre—. Antes representaban obras aquí, y la gente venía a verlas.

Me señaló el escenario y el telón. Tuvimos que hacer cola durante mucho rato. De vez en cuando avanzábamos un poco a lo largo de las mesas. Mi padre conocía a muchas personas. Lo saludaban. Lo miraban por un instante. Él se volvió hacia una de las mesas. En cada mesa sellaban nuestros papeles. Todo aquello duraba demasiado. La sala estaba repleta. Me tapé la nariz. No paraba de entrar gente. Mi padre me subió a sus hombros. El espacio entre las mesas estaba lleno de cabezas. Dije que vi la cabeza de Trude.

Nos hicieron salir. Había una multitud vestida con abrigos negros. Tuvimos que andar detrás de ella. Y detrás de nosotros venía todavía más gente. Aquí y allá había soldados vigilando con un fusil en la mano. La gente decía que teníamos que ir a la Puerta de Muiden. Al final de la calle, mi padre dijo:

—Mira, aquí está la Puerta de Muiden.

Era un monumento con un arco, por debajo del cual se pasaba. ¿Dónde se habían metido todos los que caminaban delante de nosotros en la calle? Cuando doblamos la esquina volví a verlos. Aún no habíamos llegado: aquello era la Puerta de Muiden, pero nosotros íbamos hasta la estación de la Puerta de Muiden.

Subimos al tren. Estaba repleto. Según la gente nos llevarían a Westerbork^[1]. Dije que mi madre y yo ya habíamos estado allí. Preguntaron a mi madre qué tal se estaba allí, y si los hombres y las mujeres podían estar juntos. Mi madre dijo que dormían separados, pero que podían reunirse durante el día. Le pregunté si volveríamos al mismo barracón. Mi madre dijo que lo preguntaría.

El tren se paraba con frecuencia. Después anduvimos otra vez un buen trecho y de nuevo tuvimos que hacer cola y pusieron sellos de todas clases en nuestros papeles.

Mi padre quiso saber si no estaríamos allí por equivocación. Tuvo que entregar entonces una serie de papeles complementarios, pero no se trataba de ningún error. Mi padre explicó que en esta ocasión confiábamos en salir rápidamente hacia Palestina, pues ya llevábamos esperando mucho tiempo. Luego entregó todavía más papeles. Quizá pudiéramos partir pronto.

Por el número que había pintado en la pared de madera comprobé que mi madre y yo no estábamos en el mismo barracón de la vez anterior.

Mi madre sacó unas sábanas de la maleta e improvisó nuestra cama. Me acosté con mi arlequín y mi chupador. Me sentía muy cansado, a pesar de que aún era de día. La gente hacía mucho ruido hablando.

Cumbre blanca

Esta vez es distinto —aseguró mi madre—. Esta vez estamos los tres juntos. Esta vez tenemos muchas cosas, por ejemplo sábanas y un librito. Esta vez no se trata de una equivocación: no volveremos a casa mañana. Nos quedaremos aquí, o continuaremos viaje —añadió—. Pero hemos de esperar, eso sí. La vez anterior tuvimos que esperar a que nos dieran el permiso para regresar a casa. Esta vez tenemos que esperar a que nos avisen para continuar viaje hacia Palestina.

Mi padre le explicó a mi madre que ya había entregado todos los papeles y que había que aguardar hasta que los sellasen. Mi padre empezó a enseñarme algunos caracteres hebreos. Yo deformaba las letras, porque las escribía muy apretadas en un trozo de papel pequeñito. De veras, no distinguía dónde empezaba una letra y dónde terminaba la otra.

También aprendí canciones, junto con otros niños, en un aula pequeña. Los demás niños ya conocían la mayor parte de memoria.

—Las aprendieron hace ya mucho tiempo —me explicó la maestra.

Dejó de venir inesperadamente. No me preocupó, pero después de eso tuve que dormir también durante las tardes.

Una noche mi madre me dijo que no hacía falta que me acostase. Nos reuniríamos en uno de los barracones para cantar. Pregunté si irían todos allí, incluido mi padre. Pero no. Aquella noche era el turno de la gente de nuestro barracón. Los demás irían otra noche. Lo encontraba divertido.

—Pero tienes que prometerme que durante el camino no hablarás —me pidió mi madre—, y que cuando estés allí no te echarás a llorar.

Le aseguré que no lloraría, porque yo sólo lloraba por la noche en la cama, cuando no veía a mi madre, y en este caso ella estaría allí, iríamos los dos juntos y no nos separaríamos. Quise saber por qué no debía preguntar nada durante el camino, ya que siempre me había dicho que tenía que preguntado todo. Respondió que, a fin de cuentas, lo que queríamos hacer estaba prohibido y que por eso debíamos deslizarnos muy silenciosamente, para que nadie se diese cuenta. Le dije que en ese caso prefería acostarme, pero contestó que entonces me quedaría absolutamente sólo en el barracón, porque todo el mundo se habría marchado, y nadie iría a buscarme si yo me ponía a llorar. Entonces me eché a llorar. Me dijo que podía elegir, pero que en cualquier caso ella pensaba asistir a la velada de canto. Por otra parte, todo el mundo estaría allí, así que no podía ser tan peligroso.

Aquella noche nos deslizamos en la oscuridad, pegados a las paredes de madera marrón de los barracones. Llovía y hacía frío. Con una mano me aferré a la que me tendía mi madre. Con la otra me tapé la boca para evitar que se me escapase por casualidad alguna pregunta. El aire frío me hacía daño en la nariz. Mi madre llamó a la puerta del barracón. Ésta se abrió y entramos rápidamente. La puerta se cerró de inmediato. Había mucha gente. Todos parecían pequeños, porque estaban sentados en bancos bajos o en el suelo. En su mayoría llevaban gruesos abrigos negros. En un rincón había una vela encendida. Mi madre y yo nos sentamos en un banco junto a otras personas. Todas estaban mojadas. El aire olía a húmedo. No hacía tanto frío como fuera, pero tampoco hacía calor.

Llegaron muchas más personas. Continuamente teníamos que hacerles sitio. No podía mover los brazos. Ya no veía más que abrigos. Tampoco podía sentarme en el regazo de mi madre, porque la gente que estaba delante de nosotros quedaba demasiado cerca. Pero podía permanecer de pie, eso sí. Alguien dijo algo en voz baja y se hizo el silencio. En el rincón una señora se levantó. Tenía un busto enorme. Empezó a cantar. Poco a poco fue acompañándola más gente. Hacían mucho ruido. Miré a mi madre, pero ella continuaba cantando tranquilamente. Me tapé los oídos con las manos. Alguien llamó a la puerta.

La cantante cerró la boca y se llevó un dedo a los labios. Todo el mundo enmudeció. Entró una mujer que nos preguntó, furiosa, si nos habíamos vuelto locos. Teníamos que guardar un silencio absoluto hasta que hubiese pasado el centinela. Después podíamos continuar cantando, pero sólo si lo hacíamos en voz muy baja, y no tan fuerte que nos oyesen hasta en Mokum^[2].

Se fue. Alguien apagó la vela. Faltaba el aire y estaba muy oscuro. Se oía la respiración de todos los presentes. Me puse a respirar por la boca para hacer menos ruido. Mi madre me rodeó con un brazo y apretó mi cabeza contra su cuerpo. Fuera, los pasos se acercaban cada vez más. Alguien caminaba muy lentamente a lo largo de nuestro barracón. Poco a poco los pasos se alejaron. Me puse a respirar por la nariz. Alguien lanzó un suspiro y otros lo imitaron. Encendieron otra vez la vela. La señora con el busto voluminoso se levantó y dijo:

—Ahora en voz baja, muy baja.

Alguien preguntó si no sería mejor esperar un rato, pero ella contestó que no, que las noches anteriores habían hecho lo mismo y había un vigilante fuera.

Interpretó toda clase de canciones y finalizó con *La cumbre blanca de las dunas*^[3]. Mucha gente la acompañó en voz muy baja. Pero lloraban más que cantaban. Le pregunté a mi madre qué eran las dunas, pero ella también se echó a llorar. Le pregunté por qué lloraba tanto y respondió que era por la canción. Al terminar la gente aplaudió sin hacer ruido, cubriéndose las manos con los abrigos. Pidieron a la señora que volviese a cantarla.

Y luego otra vez. Pero entonces sólo cantó las últimas estrofas. Yo ya podía

acompañarlos un poco. Mi madre lloraba tanto que a punto estuve de llorar también.

Mi madre me ayudó a desnudarme. Había mucho bullicio en nuestro barracón, porque todos se acostaron al mismo tiempo. Mi madre me metió en la cama y después empezó a quitarse la ropa.

Tuve que hacerle sitio, lo que me despabiló. Le pregunté si se arrepentía de que hubiésemos ido allí, porque la canción la había hecho llorar mucho. Dijo que yo estaba muy cansado y que me lo explicaría otro día. Me besó en la mejilla y me dio las buenas noches.

Lugar de reunión

Desperté sobresaltado: la sirena antiaérea estaba mugiendo. La última vez que la había oído tuvimos que escondernos debajo de la cama. Había poco sitio. Un avión nos sobrevolaba zumbando. Mi vientre zumbaba al mismo tiempo. Parecía como si aquel ruido procediese del tejado del barracón. Después disminuyó. Oímos una explosión. Fuimos a averiguar qué había ocurrido. La gente señalaba algo, pero yo no vi nada. Mi madre me ayudó y miré en la dirección que señalaba su dedo. Había un incendio. Mi madre me explicó que el avión había soltado una bomba sobre una granja. Se veían llamas amarillas y una negra humareda. La gente dijo que el avión se había caído. Pregunté si era posible que un avión cayese sobre nuestro barracón. Mi madre contestó que los aviones no dejaban caer bombas sobre los barracones. Después el fuego amarillo desapareció. Sólo quedaron unos oscuros nubarrones de humo.

Quise saber si en esta ocasión también debía esconderme debajo de la cama. Mi madre me tendió la ropa e indicó que me vistiera lo más rápido posible. Ella ya estaba casi lista. Cuando acabó de ponerse la ropa se acercó a ayudarme. No tuve que lavarme. La gente se apresuraba a salir. El barracón se había quedado medio vacío. Aún estaba oscuro. Encontramos a mi padre. La gente afluía desde todas las direcciones a la gran plaza del campo, por encima de la cual había luces encendidas. Si uno se fijaba bien advertía que estaban montadas en postes muy altos. Nos pusimos cerca de la oscura pared de madera de un barracón. La luz no nos iluminaba. A nuestro lado y delante de nosotros había muchísima gente.

Donde nos encontrábamos no soplaba mucho viento.

No vi más que abrigo y nieve a contraluz. Mi padre me subió a sus hombros. El reflejo de la nieve brillaba en las cabezas negras. Más allá, un hombre estaba de pie en un pequeño espacio vacío. Hacía frío. Mi padre me dejó en el suelo. Mi madre dijo en voz baja que allí había menos viento. Me escondí debajo del abrigo de mi padre. Allí hacía calor, pero estaba muy oscuro. Sentía las piernas y los pies helados. Salí de debajo del abrigo. Me puse a patear suavemente el suelo para entrar en calor.

A lo lejos se oyó un grito: «¡Silencio!». Después pronunciaron un nombre. La gente miraba alrededor. Alguien dijo en voz baja: «¡Ah, aquél!». Otro nombre. Algunas personas nos sobrepasaron andando. Abandonaron la plaza. Pregunté en voz muy baja si nosotros también podríamos marcharnos. Mi padre respondió que tenía que escuchar con mucha atención. Si pronunciaban nuestro nombre, eso significaba que nos marcharíamos. Agucé el oído, pero era demasiado difícil, porque no sólo gritaban nombres sino números. Pasó mucho tiempo.

—Ya han llegado a la eme —dijo mi madre—. Ahora tienes que prestar mucha atención.

Mis padres estaban cogidos de la mano. Yo no conseguía entender nada.

De repente, mi padre se volvió. Se besaron y a continuación se dieron un abrazo muy fuerte.

—¿Has oído? —me preguntó mi madre—. Han pronunciado nuestro nombre.

Dije que había oído algo parecido, pero no muy bien. Mi padre señaló también que habían pronunciado nuestro nombre.

Me besaron.

—Al fin nos iremos a Palestina.

Les dije que a mí me parecía haber oído otro nombre. Mientras abandonábamos la plaza, la gente estrechaba nuestra mano o daba palmadas a mi padre en la espalda. Decían «mucha suerte» y me acariciaban la coronilla. Mi padre y mi madre decían: «Ah». Le pregunté a mi padre por qué no miraba a la gente a los ojos cuando les hablaba, que era lo que me había enseñado que debía hacerse. Mi madre dijo que ya me lo explicaría. Muchos volvían a sus barracones. Algunos lloraban. Cuando estuvimos en el nuestro mi madre extendió una sábana encima de la cama y puso nuestras pertenencias sobre ella, porque no permitían que nos llevásemos la maleta. De vez en cuando probaba a ver si aún lograba anudarla.

Nuestras pertenencias no cabían en la sábana, ni mucho menos.

—Entonces tendremos que dejar también este librito —dijo.

Yo estaba de acuerdo. Me sabía aquel librito de memoria. Cuando salimos del barracón, nuestra cama estaba cubierta de cosas.

—Da igual, lo importante es llegar a Palestina —dijo mi padre, que llevaba otro bulto.

Cruzamos la plaza repleta de gente. Ya no pronunciaban nombres. La gente nos miraba. Pero nosotros seguíamos andando.

Llegamos cerca de un vagón. Las puertas estaban abiertas. Algunas personas subían a él. Tuvimos que esperar.

Al fin llegó nuestro turno. Mi padre ya había metido su bulto en el vagón. La gente que estaba dentro nos gritó que ya no había lugar, que no cabíamos.

—¡Pero nosotros también tenemos derecho a irnos en este tren! —dijo mi madre.

Los que se encontraban a nuestras espaldas corrieron hacia otro vagón. Mi padre también lo hizo, y preguntó si había sitio para los tres. Mi madre, que me había cogido con fuerza de la mano, miró hacia el interior.

—¡Hay un niño con nosotros! —gritó.

Entonces nos dejaron subir. La primera en hacerlo fue mi madre, tras arrojar el bulto dentro. A continuación mi padre me aupó. La oscuridad en el vagón era absoluta. El suelo estaba cubierto de paja. La gente permanecía de pie o sentada. Se apretujaron, haciendo un poco de sitio para mi madre y para mí. Ella puso el bulto en el suelo y se sentó encima. Yo también cabía. Mi padre había desaparecido. Le pregunté a mi madre dónde estaba. Respondió que había ido a buscar su bulto. Regresó al cabo de un momento. No lo había encontrado. No recordaba exactamente en qué vagón lo había metido, y en el que creía haberlo hecho le dijeron que allí no

sobraba ningún bulto. Mi madre contó que en aquel vagón había visto a la familia B. Mi padre quiso comprobarlo, y ella intentó persuadirlo porque partiríamos enseguida. Ya empezaba a amanecer.

Mi padre tardaba mucho. Una de las puertas correderas del vagón se cerró. Mi madre se levantó y se dirigió tambaleándose hacia la que permanecía abierta. Se asomó y llamó a mi padre a voz en cuello. Pidió que aguardasen un poco para cerrar la puerta. Señaló con la mano y gritó: «¡Ya viene!». Tiró de mi padre para subirlo al vagón y otras personas los ayudaron. Cayeron el uno sobre el otro. Cerraron la otra puerta. Estaba oscuro. Pedí a mis padres que se acercaran a mí.

—Tenemos que acostumbrarnos a la oscuridad —dijo mi madre—, iremos enseguida.

A través de las rendijas entraba alguna luz en el vagón. Alguien comenzó a dar tirones a las puertas corredizas, pero no consiguió abrirlas. Mi madre volvió a sentarse encima del bulto. Mi padre se quedó de pie a nuestro lado. No había encontrado su bulto, pero ya lo encontraría más tarde. Mi madre sacó algo del suyo.

—Has estado despierto durante casi toda la noche —me dijo—. Ahora tienes que dormir, porque si no caerás enfermo. Te daré una pequeña píldora para que concilies el sueño.

Repuse que me dormiría sin necesidad de la píldora. No se trataba de una píldora entera, sino sólo de un trocito. No había nada para beber. Salivando, conseguí tragarla lentamente. Sabía muy mal y crujía entre los dientes. Me acosté, porque estando sentado no podía dormirme.

Me despertó el sonido de un silbato. Nos movíamos hacia delante, hacia atrás, hacia adelante, hacia atrás. Los vagones entrechocaban. Mi madre se golpeó la cabeza contra uno de los tabiques. Mi padre explicó que nos disponíamos a partir y que por eso se producían tantos choques. Éstos disminuyeron poco a poco. Ya estábamos en marcha. Alguien se puso a cantar. Yo conocía la canción, y también canté; era la canción de la esperanza. Me acosté de nuevo. Mi madre puso su mano sobre mi cabeza. Mi padre también se había sentado. Me sentía cansado. A lo lejos se oían los jadeos de la máquina. El vagón hacía clic, clic, y tac, tac sobre los raíles. Los cánticos continuaban.

Cocina

En el nuevo campo nunca veíamos a mi padre. Lo mandaron a otra parte nada más llegar. Sólo conseguía acordarme muy vagamente de ese momento, porque cuando ocurrió todavía estaba medio dormido por efecto de la píldora.

Mi madre y yo dormimos juntos en la litera superior, justamente debajo del techo inclinado de madera del barracón. Las literas estaban mucho más juntas que en Westerbork, y también eran mucho más estrechas. Allí, además, se hallaban superpuestas de cuatro en cuatro. No teníamos sábanas, porque mi madre le había dado las nuestras a mi padre. Dijo que él no había conseguido encontrar su bulto y que las necesitaba más que nosotros. Mi arlequín y mi chupador de trapo habían desaparecido, pero una señora tenía un poco de hilo y mi madre se las ingenió para hacer otro chupador pequeño con un pedazo de tela de forma triangular.

Era un fastidio no poder hablar nunca con mi padre, porque no teníamos modo de saber cómo iba el asunto de nuestro viaje a Palestina. Durante la noche, oí que algunas personas dijeron que nunca iríamos allí. Alguien las reconvino: «Silencio, que aquí hay niños». Yo fingía que no me molestaban con sus charlas. Al cabo de un rato, ya no entendía nada.

En aquel campo comía poco. Mi madre me dijo que tenía que comer más porque si no lo hacía me pondría enfermo. Pero lo que nos daban no me gustaba.

Un día, después de comer, mi madre me llevó al lugar donde estaban las ollas. Eran unos recipientes enormes y grises de hierro. Allí había muchos niños. Mi madre me explicó que tenía que ayudarlos a devolver las ollas a la cocina. Le pregunté si me acompañaría, y respondió que era imposible. Todo lo que debía hacer era coger una olla por un asa y ayudarlos a llevarla, siguiendo a los demás. Después regresaríamos y ella estaría esperándome. No me apetecía nada hacerlo, porque había que cruzar la verja y caminar por la carretera. Por todas partes se veían soldados con fusiles, y quizá luego no nos permitiesen regresar. Pero mi madre dijo que no podía elegir, que todos los niños debían ayudar a llevar las ollas por turnos, que yo todavía no lo había hecho y que era hora de que colaborase. Me eché a llorar y declaré que de veras no quería hacerlo. Ella me acarició la cabeza y me dijo que deseaba realmente que ayudase a llevar las ollas. De lo contrario la gente se enfadaría con ella porque yo me negaba a colaborar. Le prometí que al día siguiente lo haría, pero tampoco eso era posible.

El asa quedaba demasiado alta para mí. Los niños mayores llevarían la olla y bastaría con que yo apoyase la mano. Le dije a mi madre que en ese caso no hacía falta que los acompañase, pero ella repuso que debía demostrarles que, por lo menos, me esforzaba por ayudar.

Mi madre me saludó con la mano y se echó a reír. Tuvimos que esperar un rato delante de la verja. Finalmente se abrió. Los soldados destapaban las ollas una a una y miraban dentro. La nuestra no llevaba tapa, de modo que pasamos enseguida. Caminamos un buen trecho por la carretera. Luego llegamos al barracón de la cocina. Allí dentro hacía un calor tremendo. Cerca de la puerta había un hombre que sólo iba vestido con unos pantalones largos. Nos señaló dónde debíamos dejar las ollas. También nos indicó que las limpiáramos muy bien. Había un alboroto espantoso; los niños hacían sonar las tapas. El hombre preguntó si aún tenían que llegar más niños. Después cerró la puerta, levantó la mano y contó hasta tres. De repente se produjo un silencio absoluto. Todos los niños se inclinaron sobre el borde de las ollas. Los pies de algunos no llegaban al suelo. Sólo se veían sus espaldas y sus piernas. Las cabezas y los brazos habían desaparecido. Yo quería sinceramente ayudarlos, pero no sabía cómo, y el hombre estaba muy ocupado. Me puse muy cerca de nuestra olla e intenté mirar por encima del borde. Los niños que la habían trasladado ya estaban limpiando otra olla. El hombre se acercó a mí. Tenía bigotes y barba negros. Examinó el interior de la olla y luego me miró. Al observar que no la había limpiado, me preguntó si todo iba bien. Asentí con la cabeza, pero me dijo que yo era demasiado pequeño para un recipiente tan profundo. Puso una cacerola boca abajo en el suelo, junto a la olla.

—Súbete encima.

Entonces conseguí mirar por encima del borde. En la pared interior habían quedado pegados muchos restos amarillentos de patatas.

Al cabo de un rato, el hombre anunció que teníamos que regresar. Cuando todos los niños estaban en la puerta, les preguntó:

—Qué, ¿estaba bueno?

—Síiii —gritaron todos.

En ese momento me encontraba cabeza abajo dentro de la olla, de modo que no tuve modo de saber qué era eso tan bueno que les había dado.

Regresamos a la verja. Los soldados nos señalaban con el dedo. Los niños decían que lo hacían para contarnos. Contaron hasta cinco veces. Por fin nos permitieron entrar. Estuve esperando hasta que casi todos los niños se fueron. Miré alrededor en busca de mi madre, pero no la vi por ninguna parte. Me eché a llorar y una niña ya mayor me acompañó hasta nuestro barracón. Mi madre me preguntó qué tal me había ido y le conté lo que había pasado. Le dije que esperaba que el hombre no reparase en que no había limpiado nada a causa de que no alcanzaba el borde de la olla, y que además no me había dado nada para limpiar. Añadí que a los otros niños les había regalado algo, pero que a mí no, tal vez porque se había dado cuenta de que no había limpiado la olla.

Entonces mi madre me gritó:

—¿De modo que no has rebañado la olla y no has comido nada?

Contesté que el hombre no había dicho que tuviésemos que rebañar la olla, sino sólo que debíamos limpiada, y que tampoco ella me había avisado al respecto. Mi

madre se enfadó mucho. Primero conmigo y a continuación con el hombre. Me llevó a ver a muchas personas y tuve que repetido todo una vez más, y mi madre volvió a enfadarse mucho hablando con esa gente. Una señora dijo que tendría que esperar una semana y que entonces podría ayudar de nuevo a llevar las ollas. Me preguntó si me había gustado y le dije que sí.

Todos los días, tras la comida, poco después de que las ollas hubieran sido devueltas, se oía un «¡Síiii!» muy fuerte desde el barracón de la cocina, al otro lado. Yo lo escuchaba con otros niños, cerca de la verja. Había oído ese ruido antes, pero sin saber de dónde procedía.

Al cabo de una semana, me dejaron regresar. Cuando entré en la cocina, el hombre me miró.

—Vuelvo ahora mismo para ayudarte —dijo—. Tú ya habías venido antes, ¿no?

Cuando la puerta estuvo cerrada se acercó a mí y me levantó para depositarme en el interior de la olla. Le pregunté si después me sacaría.

—Pues sí, claro.

Era el único niño dentro de aquella olla.

—Rápido, a comer.

Le pregunté con qué. Rebañó un poco de comida con un dedo y se lo llevó a la boca. Le expliqué que mi madre no permitía que me lamiese los dedos.

—Pues yo sí —dijo, alejándose.

No sabía qué hacer. Los demás niños se chupaban los dedos. Estaba a punto de imitarlos cuando el hombre regresó con una cuchara que brillaba como la plata.

Cuando nos avisó de que ya era hora de marcharnos, yo aún no había limpiado del todo la olla. Continué comiendo un poco más, pero me levantó y me puso en el suelo. Me dijo que me quedase con la cuchara, pero que la escondiera muy bien entre la ropa.

Esa vez encontré sin ayuda el camino de regreso a nuestro barracón. Mi madre estaba muy contenta. Le dije que seguramente el hombre de la cocina era un buen *boche*, como aquel que la había ayudado a llevar su maleta en Ámsterdam. Ella se echó a reír y me dijo que aquel señor no era ningún *boche*, sino el señor L, a quien yo tenía que conocer, pues era el padre de Marion, la hija de la señora L. Yo, en efecto, conocía a la señora L y a Marion, pero me resultaba increíble que aquel señor fuese el señor L. No se le parecía en absoluto.

Tarta

Mi madre me despertó. Se llevó un dedo a los labios. En el barracón reinaba un silencio absoluto. Habló en voz baja. Tuve que vestirme rápidamente. Dijo que iba a darme una sorpresa. Debía ponerme el abrigo y los mitones. Salimos de puntillas. Ya había amanecido. Nos quedamos un momento delante de la puerta. Lo único que se oía era el viento entre los árboles, ocultos entre las sombras al otro lado de la carretera. Mi madre miró alrededor. Me cogió de la mano. Fui a preguntarle algo, pero hizo «¡Chissst!». Y me arrastró suavemente. Hacía frío.

Llevaba un pequeño paquete bajo el brazo. No me explicó qué contenía. Tampoco qué íbamos a hacer. Caminaba muy rápido.

Llegamos a la puerta de un barracón y llamó suavemente. El barracón estaba sumido en el silencio. Alguien preguntó algo desde el interior y mi madre cuchicheó junto a la puerta. La puerta se abrió y penetramos en la oscuridad. No habíamos encontrado a nadie en el camino. Mi madre dejó el paquete en un banco. El hombre que nos había dejado entrar dijo algo que no entendí y extendió la mano. Me acerqué a mi madre. Ella le entregó algo y él lo sostuvo muy cerca de la cara.

—Esto no es lo que convinimos —masculló.

—Luego le daré el resto —le dijo mi madre.

—Ni hablar —replicó el hombre—. Todo ahora mismo, como convinimos, o no hago nada. No quiero correr ningún riesgo.

—Pero ¿y si falla la cita? —preguntó mi madre.

—Usted no es la primera. ¿Acaso no confía en mí?

Mi madre le entregó algo más. El hombre abrió otra puerta y nos hizo entrar. El lugar estaba un poco más iluminado. Hacía frío, así que no nos quitamos el abrigo. El suelo era de tablas marrones y había una mesa de madera marrón y un banco pequeño, también de madera, de color verde. A los lados, en lo alto de las paredes, había sendas ventanas. Mi madre dejó el paquete, me indicó que me sentase y se puso a caminar arriba y abajo por la estancia. Frente a la puerta por la cual habíamos entrado vi que había otra. Mi madre aplicó el oído a ella por un instante y siguió andando.

—¡Cuánto tarda! —exclamó.

Fue hacia la puerta por la que habíamos entrado, la abrió y llamó al hombre. Éste llegó y le indicó que nos quedásemos muy quietos. Todo iría bien, pero debíamos ser pacientes. Habíamos llegado demasiado pronto, y eso ya constituía de por sí un gran peligro. Mi madre tenía que estar sentada y no ir de un lado a otro o llamar. Lo mejor que podía hacer era contar hasta mil y después, en todo caso, volver a llamarlo, en caso de que fuese necesario. Cerró la puerta. Mi madre se acercó nuevamente a la otra y aguzó el oído. Empecé a contar poco a poco hasta mil, pero acabé por perderme.

Inesperadamente, la otra puerta se abrió. Mi madre se quedó inmóvil. Entró alguien. Se detuvo cerca de la puerta. Yo lo conocía, pero se mantuvo en la oscuridad. Me acerqué a mi madre. Ella estaba junto a la mesa y lo miraba, y él la miraba a ella. Advertí que mi madre estaba asustada. Me aferré a su abrigo.

—Quieta —dijo él—, no me cuentes nada, no quiero saber nada.

También su voz me resultaba conocida. Se acercó a nosotros. Se abrazaron. Yo estaba detrás de mi madre, que lloraba.

Después se secó las lágrimas y me preguntó:

—Pero ¿no ves que es papá?

—Con barba y la cabeza rapada he cambiado mucho —dijo él, mirándome—. ¿Me reconoces ahora?

Me cogió suavemente. Reconocí a mi padre por su mano. Me dejé arrastrar. Me abrazó con ternura. Había mucho abrigo y pelo entre nosotros.

Mi madre anunció que teníamos un paquete para él, y se lo entregó. A mí me dijo que debíamos cantar, porque era el cumpleaños de mi padre. Objeté que el hombre nos había prohibido hacer ruido, pero felicité a mi padre y repetí exactamente lo que mi madre iba diciéndome.

—Esta vez no hay poesía, pero la próxima espero una canción muy larga —dijo mi padre, y me apretó contra su pecho. Después abrió el paquete y apareció una auténtica tarta redonda. Le preguntó a mi madre cómo la había hecho. Ella sacó una cuchara de un bolsillo de su abrigo. Expliqué que me la había regalado el hombre de la cocina. Mi padre, desde luego, podía utilizarla. Probó un bocado. Entonces vi que no se trataba de una tarta de verdad, sino de un amasijo de patatas y trocitos de pan. Durante los últimos días mi madre no había insistido demasiado para que me comiese todo cuanto me servían; por el contrario, había sido muy benévola: me preguntaba si no quería comer más y después me retiraba rápidamente el plato.

—No tenías que haber hecho esto —le dijo mi padre—. Supongo que para preparar esta tarta no habrás comido nada durante una semana...

—Te la ofrecemos de parte de los dos —le aclaró mi madre—. La necesitas más que nosotros.

Mi padre empezó a comer. Me ofreció un poco, pero yo no tenía ganas de nada.

A continuación quiso saber si cuidaba bien de mi madre. No se me ocurrió qué contestar. Mi madre le dijo que cuidaba bien de ella pero que lloraba mucho y comía poco. Mi padre me advirtió que debía comer más, porque de lo contrario enfermaría, y él no quería que pasara algo así.

Le pregunté si me dejaba subir sobre sus hombros como hacíamos antes. Respondió que sí y se puso de pie, pero no consiguió levantarme. Según mi madre, era porque yo pesaba demasiado para él.

—Aguarda —dijo, sin embargo, mi padre.

Me ayudó a trepar al banco, y por una sola vez me permitieron subir a la mesa con los zapatos puestos. Mi padre se sentó y entonces me acomodé sobre sus hombros. Se paseó conmigo de un lado a otro. Mi madre me ayudó a bajar. Él tenía que seguir comiendo, porque quedaba poco tiempo.

Lo contemplamos mientras comía. Cuando terminó, se miraron a los ojos. Mi padre comentó que ya debía de ser la hora. Mi madre dijo que el hombre avisaría cinco minutos antes. Se pasearon por la habitación, conversando. Ella le dijo algo en voz baja y lo abrazó. Luego él dijo:

—No, no, es imposible.

—Vamos —repuso mi madre—, sé muy bien que tienes muchas ganas, de modo que sí que es posible.

—¿Y el niño? —preguntó mi padre.

—No se dará cuenta de nada —contestó mi madre.

Pero él dijo que no le parecía bien.

—Entonces que espere fuera —propuso mi madre.

Se acercó a mí y me dijo que tenía que despedirme de mi padre y esperar luego un ratito en el pasillo, que ella iría pronto. Yo no quise.

—Déjalo —intervino mi padre—, no hace falta.

—Sí, haz lo que te he dicho —insistió mi madre, y me llevó fuera.

Le preguntó al hombre si podía quedarme un ratito con él y después volvió a entrar. Me senté en el suelo, en la oscuridad, cerca de la puerta. El hombre estaba sentado en un pequeño banco. Las tinieblas lo ocultaban casi por completo.

Las voces de mis padres me llegaban desde la habitación. Le pedí al hombre que me dejara beber un poco de agua, pero se negó. Yo no conseguía entender qué decían mi padre y mi madre, pero parecían estar peleándose. Los gruñidos de él y los gritos de ella eran cada vez más fuertes. Me levanté y quise entrar.

—No lo hagas —me advirtió el hombre—. Siéntate.

Me eché a llorar.

—Cállate, cállate de una vez —me conminó—. Tu madre vendrá enseguida.

Me dejó beber un poco de agua, pero yo no dejaba de llorar. Entonces me apartó de la puerta.

—Si no te callas, te echaré de aquí, ¿me oyes?

Grité que no quería. Se enfadó y llamó a la puerta. Mi madre le dijo a voz en cuello que no era posible que ya fuese la hora. Él exigió que me dejaran entrar, que acabarían descubriéndolo todo a causa de mis chillidos. Mi madre salió y me ordenó que me callara. Mi padre le pidió que me dejara entrar. Ella dijo:

—Puedes quedarte con nosotros, pero entonces tienes que sentarte allí mirando hacia la puerta, y prestar atención por si alguien llama. No debes volver la cabeza.

Prometí hacer lo que me pedía. Ella se acercó a mi padre y se pusieron a cuchichear. Luego oí que mi madre respiraba muy fuerte. Volví la cabeza hacia ellos. Mi padre me miró por encima del hombro de mi madre, cuya espalda rodeaba con los

brazos. Se movían.

—Vigila la puerta —me dijo mi padre.

Pero continué con la cabeza vuelta hacia ellos.

—De este modo es imposible —dijo mi padre—. Además, ya debe de ser casi la hora. No se puede hacer esto con tantas prisas.

Alguien llamó a la puerta. El hombre anunció gritando que faltaban cinco minutos. Mi madre se volvió, abrochándose el abrigo. Se acercó a mí, me cogió de la mano, me hizo salir por la puerta y le pidió al hombre que me sacase del barracón. Llorara o no, no debía permitir que entrara de nuevo.

—Vuelvo enseguida —añadió mirándome—. Tú espérame fuera y no te pongas a llorar, porque si lloras no querré volver a verte nunca más.

Me dejó allí plantado y regresó a la habitación. El hombre miró a través de un agujerito, abrió la puerta y me empujó fuera. Me quedé sentado en la escalerita de madera, esperando.

Poco después salió mi madre. Andaba muy rápidamente. Tuve que correr para no quedarme atrás, pero ella no quería esperarme. Entonces había más gente fuera.

Al día siguiente era mi cumpleaños. Pregunté si también habría una tarta para mí. Mi madre respondió que lo había gastado todo con la de mi padre. Esta vez no había nada para mí, pero el año siguiente me daría cuanto quisiera. Me preguntó qué quería que me regalase entonces. Contesté que quería un arlequín nuevo. Y un coche de pedales. Y que me dejasen pilotar sólo el pequeño transbordador.

Un palmo de narices

Acompañé otra vez a los demás niños a llevar las ollas y luego volvimos al campo. En esa ocasión no regresé directamente a donde estaba mi madre, sino que me quedé a dar unas vueltas con un grupo de niños. Paseamos lentamente junto a las alambradas, en dirección a los barracones. Brillaba el sol y tenía calor. Algunos niños ya mayores que caminaban delante hablaban en voz muy baja. De repente se detuvieron. Les pregunté qué pasaba. Me dijeron que no debía mirar, pero que un pez gordo se acercaba por el camino. Miré y vi un soldado con ropa verde que pasaba con un gran perro marrón. El perro se parecía al lobo de Caperucita Roja, pero el *boche* lo llevaba sujeto con una cadena. Los niños me repitieron que no debía mirarlo y de inmediato se pusieron de espaldas al camino para que yo no pudiese ver nada.

—¿Tienes lengua? —me preguntó una niña ya mayor.

Algunos niños se alejaron corriendo. Asentí con la cabeza.

—Déjame verla —agregó—, no te creo.

Miré hacia los otros. Un chico se acercó a mí y me agarró.

—Vamos, enséñala.

Abrí la boca y saqué la lengua. Otros niños se pusieron a salvo corriendo. Un chico mayor que estaba frente a mí se puso al lado. Cerré la boca. Algunos niños hicieron «¡Uuuuuuh!».

—¿A que no te atreves a sacarle la lengua a aquel *boche*? —me desafió una niña.

La miré y saqué la lengua.

—No —dijo—, a nosotros no, hazlo de forma que él lo vea bien. Y además debes hacerle un palmo de narices.

Repuse que no sabía qué significaba hacer un palmo de narices, y algunos niños se echaron a reír. El chico que estaba frente a mí abrió los dedos, apoyó el pulgar en la punta de la nariz y el dedo meñique en el pulgar de la otra mano. Les dije que yo también sabía hacer eso, pero que ignoraba que se llamase hacer un palmo de narices. La niña volvió a preguntarme si me atrevía a hacérselo al *boche*. Asentí con la cabeza. Los niños se pusieron a salvo.

Me acerqué a la verja. Las alambradas, cubiertas de orín marrón, estaban muy apretadas, de modo que era prácticamente imposible ver a través de ellas. Desde luego, ni siquiera había espacio para que metiese la mano. Retrocedí un paso. Al otro lado de la verja crecían malezas de color verde. Detrás estaba el camino gris. El *boche* caminaba por el lado contrario con el perro lobo. Abrí los dedos, puse el pulgar de una mano contra el meñique de la otra y coloqué las dos manos delante de la nariz. Me resultó difícil mantener las manos bien derechas. A continuación saqué la lengua y grité «¡Uuuuuuh!» como solían hacer los niños. Alguien me cogió por el brazo y tiró de mí. Era una niña. Dijo que estaba loco y que tenía que dejar de hacer aquello de inmediato. Los demás chiquillos estaban mirando desde lejos. La niña me apartó

las manos de la nariz y me hizo dar media vuelta. Volví la cabeza y saqué otra vez la lengua. La niña me pegó una bofetada y me empujó violentamente lejos de la verja. Los demás niños se fueron corriendo cuando nos acercamos. Me dejé empujar y mientras tanto fui sacando la lengua a cuantos nos encontramos por el camino. Con la mano que tenía libre les hice, además, un palmo de narices. Poco más tarde llegamos a nuestro barracón. La niña me obligó a entrar y me llevó hacia donde estaba mi madre. Le contó lo que había hecho. «¿Qué?», dijo mi madre, y me propinó un bofetón muy fuerte. Me zumbaron los oídos y la mejilla me ardió, pero no lloré. Le conté lo del *boche* con el perro lobo y le expliqué que los otros niños no se habían atrevido a sacarle la lengua, que habían pensado que yo tampoco me atrevería, que la niña estaba allí cuando me habían desafiado a hacerlo por ellos, y que me habían prometido que en tal caso tendría derecho a jugar con los niños mayores.

Mi madre preguntó a la niña si era cierto, y cuando ésta respondió que sí, añadió que seguramente recibiría una buena paliza por ello, pero que de todos modos se alegraba de que me hubiese detenido y me hubiera llevado a donde estaba ella.

Cuando la niña se hubo marchado, mi madre se echó a llorar.

—¿Sabes lo que has hecho? —dijo—. ¿Acaso quieres que nos maten, que nos maten a todos? ¿Por qué lo hiciste? Prométeme que no volverás a hacerlo nunca más.

Respondí que no podía prometérselo y que el *boche* no había visto nada: cuando se lo hice ya había pasado y no se volvió ni una sola vez. Mi madre me dijo en tono de desesperación que seguramente me había vuelto loco y que había tenido mucha suerte de que el soldado no se hubiese vuelto, porque en ese caso seguramente me habría soltado el perro y a ella la habría hecho fusilar. Y añadió que eso aún podía ocurrir, porque quizás otro soldado me hubiese visto.

Contesté que no había ningún otro *boche* cerca de nosotros.

—¿Y los centinelas? —chilló mi madre.

Yo no sabía a qué clase de centinelas se refería. Se levantó y me empujó hacia fuera. Allí había otras muchas madres.

—Ahora debes escucharme muy bien —me pidió—. Voy a señalarte algo sin utilizar el dedo. Y tú tampoco debes señalar con el dedo, ni mirar demasiado tiempo hacia ese lado. Tienes que hacer exactamente lo que te digo. Mira por encima de mi hombro. ¿Ves aquella torre de vigilancia?

No vi más que barracones y detrás, cerca de la verja, unos cuantos postes altos, y así se lo dije.

—Y esos postes —apuntó mi madre—, ¿qué hay encima de esos postes?

Miré un poco más hacia arriba y vi una especie de cabaña de madera. También se lo dije.

—Esa cabaña es la torre del vigilante. Hay torres iguales a ésta por todas partes. ¿No lo sabías?

Respondí que lo ignoraba, pero que los postes estaban fuera de las alambradas, de modo que no formaban parte de nuestro campo.

—Ahora vamos a dar una vuelta juntos —propuso mi madre—, así verás otra torre de vigilancia. Y en la torre verás un soldado. Está de guardia y lo ve absolutamente todo. Pero no debes mirarlo demasiado tiempo, tienes que seguir andando lentamente, sin pararte.

Hice lo que me indicó y vi otra torre de vigilancia y, en ella, un soldado.

—¿No te lo decía yo?

Asentí con la cabeza.

—Él puede verte —añadió mi madre—, estés donde estés. Y si no es él, habrá otro que lo haga. Esperemos que ninguno de ellos te haya visto sacar la lengua.

Me dejó allí y se reunió con las demás madres. Entonces había también muchos niños cerca de nuestro barracón. Las madres discutían sobre cuál de ellos merecía mayor castigo. También hablaron de mí. Pero mi madre argumentó que yo había sacado la lengua únicamente porque los niños mayores me habían incitado a hacerlo.

Yo estaba mirando hacia la primera torre de vigilancia. De pronto vi un soldado también allí. Tenía un fusil apoyado en el borde. Dio muy lentamente una vuelta al mirador, hasta quedar de cara a mí, apuntándome con su fusil. Permaneció inmóvil en esa posición. Me miró. Oí un estampido. Las mujeres y los niños chillaron. Mi madre surgió a mi lado; me cogió de la mano y me arrastró hacia el interior del barracón. Me puse a llorar.

Mi madre me consoló. Me dijo que el centinela sólo había disparado porque había mucha gente reunida, lo cual estaba prohibido.

—No suelen disparar directamente contra las personas; primero disparan al aire para avisar.

Al día siguiente encontré otra vez a los niños mayores. Sin embargo, no me dejaron jugar con ellos.

—Le contaste a tu madre que te obligamos a sacar la lengua al centinela —me reprocharon.

Repliqué que yo no le había contado eso, pero la niña a la que habrían podido preguntárselo no estaba allí. Me explicaron que había enfermado, o algo por el estilo.

Sombra

Casi todos dormían aún en nuestro barracón, pero mi madre estaba de servicio y por eso nos habíamos levantado y vestido muy temprano. Entró Trude. Nos avisó de que mi padre había ingresado otra vez en la enfermería y de que mi madre debía ir a recoger su ropa y llevarle implementos de aseo. Trude disponía de poco tiempo y se fue enseguida. A mi madre la afectó mucho la noticia, sobre todo porque estaba de servicio y le resultaría imposible visitarlo. Me entregó las cosas y dijo que debía ir a verlo cuanto antes para decirle que ella se presentaría más tarde, tan pronto como hubiera terminado su trabajo.

Conocía el camino porque mi padre ya había estado en la enfermería la semana anterior y lo habíamos visitado todos los días. La primera vez no lo reconocí porque le habían afeitado la barba y porque sus ojos eran muy grandes cuando estaba despierto. Pero había dormido mucho en la enfermería. Mi madre dijo que le habían dado el alta sin que estuviese repuesto por completo.

—Así no aguantará mucho tiempo —señaló.

Para mí supuso un motivo de tristeza no poder hablar más con mi padre. Estaba enfermo, pero por lo menos nos vimos todos los días. Al salir de la enfermería, sonreía. No le importaba mucho.

—El médico no tiene la culpa —dijo—. No puede dejarme aquí toda la eternidad.

Yo no lograba entender por qué mi madre se había asustado tanto un momento antes. Al fin y al cabo, era lo que estaba esperando. Me alegraba de verlo otra vez.

Llamé a la puerta del barracón de la enfermería. Alguien abrió y le dije que iba a ver a mi padre y que mi madre iría más tarde, cuando hubiese terminado su servicio.

—¿Cómo te llamas?

Le dije mi nombre.

—Ve rápidamente a buscar a tu madre y dile que venga de inmediato, antes de que sea demasiado tarde.

Le pregunté si mi padre ya se había curado.

—Está a punto de irse, dile a tu madre que venga rápido.

Le dije que en ese caso no me hacía falta recoger su ropa. Pero me pusieron sus zapatos en las manos y me despidieron con prisas.

Frente a la enfermería había un rincón con césped. Los barracones que hacían las veces de dormitorios empezaban un poco más allá. Ya había amanecido y la luz del sol brillaba sobre el césped verde. Eché a andar sobre el césped. Estaba mojado y las gotas de rocío lanzaban destellos. Me detuve y di un puntapié a las briznas de hierba, que a pesar de las gotas que despidieron continuaron igual de mojadas. Metí las manos en los zapatos de mi padre y empecé a andar a gatas sobre el césped. Vistas de

cerca las gotas de rocío centelleaban aún más. Su luz se movía continuamente. No conseguía hacer caer aquellas que estaban prendidas a los tallos.

Al llegar al oscuro sendero arenoso que avanzaba entre los barracones-dormitorio, me puse de pie, pero permanecí con los zapatos de mi padre en las manos. El sol lucía en la pared marrón de uno de los barracones, justo hasta debajo del alero del tejado. El sendero y la pared del otro barracón se veían oscuros, casi negros. Caminé a lo largo de la pared negra para evitar el sol. Al final del barracón tuve que hacerme muy delgadito y caminar pegado al muro, y además de lado, bajo el tejado que sobresalía un poco. Si no lo hacía así, quedaría expuesto a la luz. Había pasado ya el lado estrecho y tuve que cruzar hacia el siguiente barracón. Me arrastré de rodillas hacia el lado opuesto, por debajo de los rayos de sol. Después me quedé en la sombra del lado largo del otro barracón, y de repente me encontré de nuevo frente a la enfermería.

Regresé por el mismo camino hasta el lugar por el que había cruzado y caminé a lo largo de la sombra de los lados cortos de los barracones, cruzando siempre a gatas, de uno al siguiente, por debajo de los rayos de sol. Al final del sendero llegué una vez más a la sombra del lado largo de un barracón. Lo bordeé y así continué avanzando, de sombra en sombra.

Al cabo de un rato tuve que cruzar otra vez, pero ya no podía arrastrarme por debajo de la luz del sol, porque éste daba de lleno en el sendero. Había luz en todas partes. Salté a través de los rayos de sol. Entraron en mis ojos. Di un grito y miré alrededor.

Aquellos barracones me eran completamente desconocidos y los números tampoco se correspondían con los nuestros. Se acercó una mujer y le pregunté dónde estaba nuestro barracón. Ella me indicó el camino, pero tuve que parar a otras cinco personas antes de dar con él. Entré. Mi madre había vuelto del servicio. Estaba haciendo nuestra cama. Quiso saber si había llevado a cabo todo lo que me había encargado. Asentí con la cabeza y le di los zapatos de mi padre. Los observó y los puso debajo de la cama. Salí, fui hacia los niños que se hallaban frente a la entrada de nuestro barracón. Cuando estuve cerca de ellos se callaron un momento, pero enseguida continuaron hablando.

Llegó Trude. Buscaba a mi madre, y le indiqué que la encontraría en el barracón. Entró corriendo y reapareció al cabo de un instante. Me preguntó por qué no había avisado a mi madre de que fuese de inmediato a la enfermería. Contesté que lo había olvidado. Mi madre salió y quiso saber por qué no le había dado el recado. Respondí que ella estaba de servicio, que me había perdido y que, además, lo había olvidado. Me dijo que debía marcharse y que la esperara cerca del barracón. No sabía cuándo volvería. Le dije que quería acompañarla, pero repuso que era imposible, que mi padre probablemente muriese y que no estaba bien que los niños pequeños presenciasen escenas semejantes. Repliqué que yo ya no era un niño pequeño, que se

trataba de mi padre, que desde luego no veía nada de malo en estar presente cuando él muriese, y que todos los niños que conocía también habían presenciado la muerte de sus padres. «¿Qué niños?», preguntó mi madre, y señalé a uno de los chicos, pero éste dijo que su padre todavía estaba vivo. Por suerte, otro niño afirmó que a él le habían permitido estar presente y una niña dijo lo mismo. Eran hermanos, pero no mencioné este hecho. Entonces mi madre añadió:

—Muy bien, pero sólo el tiempo justo. Después tendrás que marcharte.

Se lo prometí. Fuimos corriendo hacia la enfermería. Me adelanté para indicarle el camino más corto, pero ella quiso seguir el que ya conocía, para no perderse.

El médico abrió la puerta de la enfermería.

—¡Ah, por fin está aquí! —exclamó—. Tiene suerte de haber llegado a tiempo.

Le hice notar a mi madre que mi padre aún vivía. El médico señaló una cama al fondo del barracón y se marchó a otra parte. Mi madre se acercó al lecho de mi padre. Estaba durmiendo. Le puso la mano en la frente y murmuró su nombre, muy cerca de la oreja. Pero él continuó durmiendo. El médico se acercó a nosotros.

—Si por lo menos hubiera llegado antes —dijo mi madre entre lágrimas—, habría tenido ocasión de hablarle.

El médico le preguntó por qué se había retrasado tanto, y ella contestó que yo no le había avisado. El médico explicó que Trude había ido muy de madrugada para decírselo y que, de todos modos, habría importado muy poco, porque habían ingresado a mi padre tal como estaba en ese momento y se había pasado todo el tiempo durmiendo, de manera que no habría podido decirle nada. Aun así le alegraba que mi madre hubiese llegado a tiempo.

Con un movimiento de la cabeza me señaló y preguntó a mi madre:

—¿Lo sabe...?

Ella respondió que yo sabía que mi padre quizá muriese y que quería estar presente cuando llegase el momento, al igual que otros niños en circunstancias similares, según estos mismos me habían confesado. Dije que eso no era del todo cierto y que, sencillamente, deseaba estar al lado de mi padre y también de mi madre, porque él me había dicho que debía cuidarla bien.

Nos quedamos de pie junto a la cama. Al cabo de un rato mi madre abandonó por un momento la estancia. Mientras se encontraba fuera, mi padre soltó un suspiro. Salí corriendo a buscarla, pero cuando estuvimos de regreso él dormía otra vez tranquilamente.

Mi madre procedió a tomarle el pulso. Mi padre se volvió de lado. Ella susurró su nombre y le dijo que nos encontrábamos junto a su lecho. Intenté explicarle que le resultaba imposible entender sus palabras, pero ella replicó que me equivocaba.

El médico vino hacia nosotros y mi madre fue a su encuentro. Se pusieron a hablar al pie de la cama. Ella quería que le pusieran una inyección a mi padre para curarlo, pero el médico le explicó que no serviría de nada y que, además, no tenía inyecciones. Mi madre dijo que sabía que todavía le quedaban y que daría lo que

fuese para que le aplicara una a mi padre. El médico respondió que era absurdo ponerle una única inyección, pues necesitaba muchas más, y que no disponía de bastantes. Además, en ese caso mi padre tendría que volver a trabajar al cabo de un par de días, sólo para que lo ingresaran de nuevo más temprano que tarde, suponiendo que consiguiera sobrevivir. Por el momento al menos dormía tranquilamente y sin darse cuenta de nada. Quedaban muy pocas inyecciones y era mejor guardadas para otros enfermos que tenían dificultades para dormir, sufrían mucho o aún les faltaba para morir. De este modo hablaron y hablaron sin parar.

Yo estaba de pie junto a mi padre. Su cabeza sobresalía de la manta y yacía de costado con la cara vuelta hacia mí. Otra vez le había crecido un poco la barba en las mejillas y el mentón. Nuestros rostros estaban muy cerca el uno del otro. Ladeé la cabeza, de modo que vi su cara bien recta. En efecto, se trataba de mi padre. Reconocí sus párpados cerrados, su nariz, su boca y sus orejas. Sus mejillas estaban hundidas pero todavía parecían las mejillas de mi padre, las mismas que había visto por las mañanas temprano, antes de que se levantase. Era mi padre, que me hacía cabalgar sobre sus rodillas. Sin embargo, no me atrevía a acercarme demasiado a su rostro, porque estaba enfermo. Agucé el oído a fin de percibir su respiración, pero era tan silenciosa y mi madre y el médico hacían tanto ruido hablando que no conseguía oír nada. No obstante, sí observé que la manta se movía un poco.

De repente mi padre se volvió boca arriba. Tragó saliva. Soltó un suspiro profundo y abrió los ojos. Su mirada reflejaba asombro. Según el médico lo habían ingresado mientras aún dormía, de modo que era normal que no comprendiese dónde se encontraba. Abrió la boca como si se dispusiera a preguntarlo, y entonces ocurrió algo raro: ya no pudo volver a cerrarla. Quería hablar, se oía muy claramente su respiración, pero no le salía ni una palabra.

Di media vuelta y fui a los pies de la cama. El médico se encontraba de espaldas a mí, hablando con mi madre. Lo empujé a un lado y tiré de la falda de ella, para que me prestara atención. Le grité que mi padre no conseguía cerrar la boca ni articular sonido, y que tenía que ayudado.

El médico se volvió y dijo:

—Ya está.

Mi madre se echó a llorar y se acercó a mi padre. Puso sus manos sobre sus mejillas y le dio un beso en la frente. Le advertí que eso era peligroso, pero me indicó que me marchara, como habíamos convenido que haría en cuanto todo acabase. El médico se acercó y pasó la mano por la cara de mi padre. Pregunté por qué lo hacía y mi madre me explicó que era para cerrarle los ojos. Observé los ojos de mi padre. Estaban cerrados.

—Ahora tienes que salir, como me prometiste —dijo mi madre.

Asentí y me separé de la cama.

Mi padre, al volverse, había apartado la sábana blanca con una mano, que había quedado al descubierto. Mi madre y el médico estaban cerca de su cabeza. Avancé

lentamente a lo largo de la cama y deslicé mi mano sobre la sábana y la mancha de la chaqueta del pijama, hasta llegar a su mano. Estaba fría. Puse mi mano sobre la suya. El médico y mi madre se habían vuelto de espaldas. Rápidamente, deposité un beso en la mano de mi padre. A continuación salí corriendo de la enfermería. Apenas estuve fuera me limpié los labios con el brazo. Me senté en la escalerilla de la puerta y esperé.

Estuve aguardando mucho rato. Tenía frío. Llegó Trude y me preguntó qué hacía allí, con aquel aire tan helado. Respondí que me habían permitido estar presente cuando murió mi padre, pero que les había prometido que luego me iría, y que por eso estaba fuera. Trude me llevó al interior y le dijo a mi madre que me había encontrado expuesto al frío y que corría el riesgo de enfermar. Le preguntó si acaso había perdido el juicio. Mi madre repuso que yo tendría que haber vuelto al barracón. Repliqué que ella no me había dicho nada de eso.

Mi padre estaba cubierto por una sábana. Quería enseñárselo a Trude, pero no me dejaron. Después tuve que esperar largo rato en el extremo opuesto de la estancia, y no me permitieron mirar lo que hacían.

Fuimos a nuestro barracón. Ya había oscurecido y casi todos dormían. Algunas personas susurraron algo a mi madre, que contestó también en voz baja. Una vez en la cama me puse a llorar. Mi madre me preguntó si lloraba porque había muerto mi padre. Contesté que sí, pero también porque tenía mucho miedo de morirme. Ella me dijo que no corría peligro de morir y que con el cuento de que iba a enfermar, Trude sólo había querido asustarme. Repuse que no era eso, sino que había besado la mano de mi padre y que seguramente me moriría por haberlo hecho, y que ella se moriría también, porque también había besado la frente de mi padre, que era aún peor. Mi madre me apretó contra su cuerpo y me besó y me dijo que ese beso en la mano de mi padre no me haría morir y que tampoco me pondría enfermo por eso, y que lo mismo valía para ella. Le dije que ella misma me había indicado que no besase a nadie en el campo, porque era demasiado peligroso. Me besó otra vez y añadió:

—Pues nosotros también nos besamos de vez en cuando. Eso no importa tanto, porque somos de la misma familia. Sin embargo, nunca debes besar a un extraño, ni tampoco debes dejar que un extraño te bese. Y de ninguna manera debes besar a nadie en la boca, porque eso sí que es peligroso. Pero seguro que no vamos a caer enfermos por dar un besito en la mano o en la frente a papá.

Estaba muy cansado. Me tendí debajo de la manta y mi madre se quedó conmigo.

Trastero

Al día siguiente los niños mayores dejaron que los acompañase porque mi padre estaba muerto y yo había presenciado sus últimos instantes. Ya no era un niño pequeño. Sin embargo, tuve que prometerles que no los delataría y que me enfrentaría a otra prueba. Aún no habían decidido en qué consistiría. Caminamos por el campo. Encontramos a los pequeñitos y me preguntaron si quería jugar con ellos. Les dije que estaba demasiado ocupado y que además ya no era un niño pequeño. Les pregunté si no sabían que mi padre había muerto. Seguimos andando. Me flanqueaban dos chicos mayores. Delante y detrás de nosotros iban más chicos, y también algunas chicas. Yo era ciertamente el más bajo de todos, pero eso se debía a que mi madre era bastante pequeña y mi padre tampoco había sido muy alto. Llegamos al barracón trastero. Uno de los chicos mayores me preguntó si me atrevía a entrar. Agregó que estaba prohibido y que además era peligroso. Quise saber por qué, pero no podía decírmelo. Otro chico apuntó que yo había prometido superar una nueva prueba y que ésa sería la prueba. Tendría que entrar y quedarme dentro hasta que me llamaran. No me importaba hacerlo, afirmé, pero no sabía muy bien qué había en el barracón trastero. Pregunté si ellos habían entrado alguna vez, y contestaron: «Sí, claro». Dije que entraría con la condición de que alguno de ellos me acompañase.

Y si lo que encontraba dentro no me parecía demasiado lúgubre, permanecería sólo hasta que me llamaran. Al principio nadie quiso acompañarme. Señalé que ellos ya lo conocían, de modo que no había razón para que tuviesen miedo. Algunos niños se pusieron a cuchichear entre sí.

Llevábamos largo rato sin movernos, la nieve estaba helándome los pies y el frío ascendía poco a poco por mi cuerpo. Estiré los brazos y me golpeé los costados. Al mismo tiempo empecé a patallar. Uno de los chicos mayores me imitó. Luego dijo:

—De acuerdo, iré contigo.

Los demás niños se apartaron un poco. El chico hizo girar con cautela el tirador de la puerta. Era una puerta de hierro gris y se abrió con dificultad. Dentro estaba muy oscuro. El chico se apretó la nariz con los dedos y me hizo señas. Había un umbral muy alto. Lo salté. Allí todo estaba tan negro que no se veía nada. El chico dejó la puerta entreabierta y me adelantó, rozando la pared con una mano. Abrió una puerta de madera y me indicó que lo siguiese. Su voz sonó muy rara al tener la nariz apretada. En la semipenumbra no logré distinguir más que unas formas blanquecinas en el suelo y amontonadas contra las paredes oscuras. En el centro de la estancia había otro montón con cosas que sobresalían por todos los lados.

Habían entrado más niños. La mayoría se tapaba la nariz con una mano.

—Mira, allí está tu padre —dijo una niña, volviéndose hacia mí—. Ni siquiera lo han cubierto con una sábana.

Entonces vi los muertos. Había bultos envueltos en sábanas. De algunos de ellos sobresalían las extremidades. Vi también cuerpos desnudos. Otros todavía llevaban puestos los pantalones. Los habían arrojado al suelo de manera desordenada, al buen tuntún. Uno de ellos estaba apoyado de espaldas sobre un montón y la cabeza le colgaba hacia atrás. Observé su cara al revés. Tenía unos ojos grandes y oscuros. Estaba muy delgado. Otro yacía con la cabeza apoyada sobre su único brazo extendido. El otro brazo había desaparecido. También había brazos y piernas sueltos. Detrás de mí oí un breve *clic*. Volví la cabeza y vi que los demás niños habían salido, o que se habían escondido en la oscuridad. La puerta que daba al exterior estaba cerrada. Fijé nuevamente mi atención en los cuerpos. Intenté encontrar a mi padre. Volví la cabeza en todas las direcciones, de lado, al revés, para observar mejor aquellas caras que estaban allí en las posiciones más extrañas. Pero todas se parecían mucho, y además había muy poca luz. Precisamente frente a mí, encima de un montón, había un bulto envuelto en sábanas. Saltaba a la vista que contenía un cadáver, ¿y si era el de mi padre? Delante del bulto, en el suelo, había otro cuerpo desnudo, boca abajo. Su cabeza aparecía completamente ladeada. ¿Y si se trataba de la de mi padre? Todos eran calvos. No, seguro que mi padre no estaba allí. Probablemente todavía siguiese en la enfermería, aguardando a ser enterrado. Una vez más observé los cadáveres. Presentaban un aspecto grisáceo. A su lado las sábanas sucias parecían blancas. Salí, cerrando a mis espaldas la puerta de madera. Me dirigí hacia la puerta exterior. No tenía pomo para abrirla. La empujé pero no conseguí moverla. De fuera me llegaban los gritos de los niños.

Volví sobre mis pasos y abrí de nuevo la otra puerta. Entré y pasé por encima del primer cadáver. Subí por el montón y miré en el bulto de sábanas que lo coronaban. No vi más que un brazo. Empecé a deshacer el bulto. Oí gritar a los niños que estaban fuera. Saqué el brazo. La mano me recordó la de mi padre. Tiré de la sábana hasta que la cabeza quedó al descubierto. Parecía negra a causa de la barba. Bajé del montón y vi otro cadáver a uno de los lados. Casi no había luz allí. Observé la cara. Los ojos eran negros, las mejillas muy delgadas, la barba corta como la de mi padre. También la nariz se asemejaba a la de éste. Eché un vistazo a las manos. Parecían las de mi padre. Pero el cuerpo era completamente distinto.

De pronto, alguien me cogió y tiró de mí.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué quieres, morirte? Es muy peligroso permanecer aquí. Ven, llevamos horas gritándote que salgas.

Explicué que estaba buscando a mi padre y que de todos modos no había conseguido abrir la puerta.

—Tu padre no está aquí —dijo el chico.

Me condujo fuera, cerró la puerta de golpe y me indicó que me marchase a toda prisa.

Un poco más lejos nos reunimos con los demás niños.

—A tu padre ni siquiera lo han envuelto con una sábana —dijo una de las niñas.

Repliqué que sí, que estaba envuelto con una sábana, que lo había visto con mis propios ojos. Ella insistió en que también lo había visto con sus propios ojos y en que no era cierto. El chico que me había hecho salir comentó que mi padre no se encontraba allí, pero cuando los otros gritaron «¡Uuuuuh!» y en tono burlón lo acusaron de haberse asustado, respondió que sólo lo había dicho porque yo aún era demasiado pequeño. Objeté que yo ya era mayor, que sabía muy bien que mi padre estaba allí dentro, que lo había visto envuelto con una sábana y que se lo enseñaría a quien quisiera. Pero nadie quiso.

—Si sabes todo eso tan bien —intervino la niña—, dinos qué hacen con los cadáveres.

Contesté que también sabía eso, pero que no lo contaría porque ya había hecho lo que tenía que hacer y había superado mi prueba. Y si ella quería realmente saberlo, se lo contaría a condición de que me acompañase dentro. Pero no quiso, y los demás niños le gritaron «¡Uuuuuh!».

Después seguimos nuestro camino y los mayores permitieron que me quedase con ellos.

Aquella noche mi madre me preguntó qué había hecho durante el día. Le dije que había acompañado a los niños mayores. Me preguntó si me lo habían permitido sin más y contesté que antes había tenido que pasar una prueba. Había estado en el barracón trastero. Quiso saber qué barracón era ése. Respondí que ella lo sabía muy bien, que sabía perfectamente que en ese barracón estaban todos los muertos, y que sabía también que habían arrojado en él a mi padre junto con los demás cadáveres. Añadí que aunque había contado a los niños que lo habían envuelto con una sábana, en realidad no era así. Y dije gritando que seguramente ella se había vuelto loca por dejar que lo arrojasen allí dentro sin una sábana, que ni siquiera me había avisado cuando lo habían sacado de la enfermería, que por lo menos deberían haber permitido que me despidiese de él, que me parecía una maldad por su parte, y que era culpa suya si él estaba allí, tan desnudo, junto con todos aquellos cadáveres.

Mi madre repitió muchas veces «no» y «no es cierto», pero yo, sin escucharla, le espeté que lo había visto todo con mis propios ojos y, por lo tanto, no hacía falta que me mintiese. Me eché a llorar desconsoladamente.

Ella dijo que aquel barracón no se llamaba trastero, sino carnero, pero eso no me importaba en absoluto. Agregó que llevaban allí los cuerpos de los muertos porque necesitaban las camas de la enfermería para otros enfermos. Y que cada día iban hombres para recoger los cuerpos y enterrarlos algo más lejos, en el bosque. Pero que por casualidad aquel día no habían ido. También me dijo que, aunque era seguro que mi padre estaba envuelto con una sábana, probablemente no lo hubiese visto porque todas las sábanas parecen iguales y, además, después de él habían muerto otras muchas personas, con las que fueron formando un montón. Él debía de estar debajo

de todo.

Mi madre me apretó contra su cuerpo, me acarició y me besó. Después también se echó a llorar y me dijo que a ella tampoco le agradaba todo aquello.

Más tarde me preguntó quién me había indicado que entrase en aquel barracón. Respondí que uno de los chicos me había sacado de allí advirtiéndome de que se trataba de un lugar muy peligroso. Mi madre preguntó si había tocado algo y contesté que había estado buscando a mi padre. Me llevó con ella. Echó desinfectante en una palangana con agua y me lavó de la cabeza a los pies. Apestaba. Me dijo que no volviese a hacer nunca más una cosa parecida. Me preguntó otra vez quién me había mandado entrar en el carnero. Dije que ya no era un niño pequeño, que les había prometido no volver a delatados y que no se lo contaría. Entonces exigió que le dijese quién era el chico que me había sacado de allí. Lo único que sabía era que se llamaba Jaap. Me llevó con ella. Jaap le dio los nombres de los otros. Mi madre contó lo ocurrido a otras madres. Le preguntaron si me había desinfectado bien. Se fueron de inmediato para desinfectar a sus propios hijos. Todas estaban muy enfadadas por el hecho de que cualquiera pudiese abrir la puerta del carnero. Era una vergüenza, y había que poner un candado lo antes posible.

Al día siguiente todos los niños apestaban a desinfectante. Uno de ellos propuso entrar otra vez en el trastero. Le expliqué que aquel barracón no se llamaba trastero sino carnero, que seguramente estaría cerrado y que de todos modos ya se habrían llevado los cadáveres.

Nos dirigimos allí. Ya no había pomo en la puerta.

Sopa

Mi madre me despertó. Estaba oscuro. Si queríamos ir a Palestina debíamos estar frente a la verja antes de dos minutos para coger el tren. La gente salió corriendo del barracón. Me calcé los zapatos y me puse el abrigo encima del pijama. Mi madre amontonó sobre un trapo nuestras ropas, junto con otras cosas que tenía siempre a punto. Ató el trapo y apretó el nudo por el camino. Cuando salimos, aún había personas en el barracón, pero la oscuridad era tal que no conseguí distinguir si quedaban muchas.

La verja estaba abierta y delante de nosotros vimos a quienes ya habían salido. Los seguimos. Hacía frío.

El tren estaba repleto y su interior en penumbras. La gente nos ayudó a subir. En los vagones había bancos para sentarse. Le pregunté a mi madre por qué aquel tren no había dado tumbos al ponerse en marcha. Respondió que no lo sabía y me dijo que durmiese.

Desperté y oí hablar a la gente, pero también había pausas de silencio. Ya era de día. Abrí los ojos y al otro lado de la ventana vi nubes de muchas formas. Se recortaban muy blancas contra el cielo azul.

Me incorporé. Fuera, la hierba permanecía inmóvil. Señalé a mi madre que el tren se había parado.

—Vaya —dijo—, ¿por fin te has cansado de dormir?

Me contó que el tren estaba detenido desde hacía más de un día.

—¿No te has dado cuenta? —me preguntó.

Negué con la cabeza y observé a quienes estaban sentados a mi lado y frente a mí, en los bancos. Algunos dormían.

—Debes dar las gracias a la señora P —agregó mi madre señalando a una mujer que estaba junto a mí—. Tuvo la amabilidad de permitir que apoyaras las piernas en su regazo.

Miré a la aludida y le di las gracias en voz baja.

—¡Cuánto has dormido! —exclamó—. A tu madre se le ha anquilosado el brazo. Ahora, por lo menos, podremos estirar las piernas un rato.

Yo estaba sentado en las rodillas de mi madre. Me aparté un poco de la señora P para permitirle ponerse de pie. Sin embargo, continuó sentada. Mi madre me preguntó si podía levantarse un ratito. Me dejó en el suelo, pero siguió sosteniéndome. Cuando se hubo levantado, me hizo sentar en su sitio. Avanzó por entre las piernas hacia el pasillo central. Allí se agarró al respaldo de un banco y permaneció de pie. De vez en cuando daba unos pasos o movía alternativamente los brazos de arriba abajo. Le pregunté si sentía frío.

—Tengo las piernas heladas —contestó—, pero sobre todo entumecidas por haberme pasado tanto tiempo sentada.

Miré hacia fuera, la hierba, las nubes, el cielo. Luego miré otra vez a mi madre. Pregunté si aún debíamos viajar mucho antes de llegar a Palestina. Los que estaban sentados delante me echaron una mirada y luego miraron a mi madre.

—No lo sé —respondió—. No sabemos dónde estamos.

Iba a preguntarle si mi padre tampoco lo sabía, pero de repente recordé que había muerto. Transformé la frase de manera que ella no se diese cuenta de que lo había olvidado y le pregunté por qué se había parado el tren.

Respondió que no tenía ni idea. Una mujer dijo que quizá tuviésemos que volver. Pregunté a mi madre si ya estábamos lejos de Bergen-Belsen.

—Creo que muy lejos —contestó—, pero en realidad no lo sabemos, porque el tren ha cambiado muchas veces de dirección; durante todo un día fue hacia el este, luego estuvo horas parado y después siguió muchos días hacia el norte.

La miré a la cara y le dije que nosotros habíamos subido al tren la noche anterior. Mi madre se acercó. Me indicó que me levantara y me sentó otra vez en su regazo. Me quedé con la cara vuelta hacia ella, mientras sentía sus brazos rodeándome la espalda. Observé su boca.

—Pero ¿no sabes que estamos en este tren desde hace casi dos semanas? ¿No sabes que el tren iba parando continuamente y que luego proseguía hacia delante o volvía hacia atrás? ¿No te acuerdas de que despertaste varias veces? Hiciste pipí en el orinal, ¿recuerdas? Y me dijiste que tenías mucha hambre. ¿No te acuerdas de todo eso? ¿Has olvidado que te ayudé a quitarte el abrigo porque hacía mucho calor, después de estar todo el día parados al sol? Luego tuviste otra vez frío y quisiste echarte el abrigo por encima del pijama. ¿No te acuerdas de eso?

Mientras la oía hablar comprendí que se molestaría mucho si le decía que lo había olvidado. Le acaricié la mejilla con la mano y le dije que tal vez había soñado todo aquello, pero que no me importaba, porque en aquel momento estábamos juntos en el tren.

La mujer que me había permitido poner las piernas en su regazo se incorporó un poco y empezó a decir algo. Mi madre me dejó por un momento y la tocó ligeramente con la mano. Entonces la mujer se calló y se echó otra vez hacia atrás. Mi madre me apretó todavía más contra su cuerpo y me acarició la cabeza.

—Otra vez empieza a crecerle el pelo —dijo—. Hicieron bien al pelarte al cero, ya no tienes piojos.

De nuevo procedió a contarme todas las cosas que yo había soñado, repitiendo continuamente que tenía que recordarlas. Comprendí que todo aquello le desagradaba mucho.

La mayor parte de lo que decía lo había contado ya un par de veces. Pero luego añadió:

—¿Ya no te acuerdas de que quise dejarte sólo un momento para ir al lavabo, y que tú no querías que me fuese, y te echaste a llorar?

Eso no me lo había contado antes. Entonces le dije que de repente me acordaba.

—¿Y de que tenías hambre?

Contesté que también empezaba a acordarme de eso, pero que había dormido tanto que de todas formas no conseguía recordarlo con mucha claridad. Mi madre me aseguró que podía comprenderlo muy bien.

—¿Ves cómo aún te acuerdas? —dijo, y me estrechó entre sus brazos.

Después permitió que me levantase para caminar un poco por el pasillo central, pero de modo que ella pudiese verme. Resultaba difícil caminar por el pasillo, porque en todas partes había gente tumbada o sentada.

Miré a través de la ventanilla. El tren se había detenido muy cerca de los árboles. Alguien subía lentamente entre éstos por el terraplén, alejándose de los vagones. Señalé con el dedo hacia fuera y miré a mi madre. Ella también estaba observando a aquel hombre. La gente dijo: «Se escapa». «Podemos salir». «Ese hombre debe de haberse vuelto loco». «Lo matarán a tiros».

Por el terraplén subía más gente y hasta nosotros llegaba el ruido de gritos y portazos. «¡La puerta está abierta!», exclamó alguien. Todos se habían levantado y ya no conseguí ver nada. Mi madre me llamó. La oí acercarse. Me empujaron hacia ella, que me cogió por el brazo y tiró de mí. Se sentó de nuevo y me acomodé a su lado, en el banco. Algunas personas continuaban sentadas en su sitio, pero la mayoría había bajado del vagón. Pregunté si nosotros podíamos bajar también. Mi madre respondió que no nos estaba permitido. Le dije que tenía muchas ganas de bajar y que, además, todo el mundo lo hacía. Ella permaneció inmóvil un rato, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el tabique. Por fin se levantó lentamente y me indicó que me quedase sentado allí hasta que volviese. Se acercó a la puerta y oí que hablaba con la gente que estaba fuera. Regresó al cabo de un momento. Dijo que podía bajar con Trude, pero con la condición de que hiciese exactamente lo que ella me dijera. Se lo prometí y Trude me ayudó a descender. Me sostuvo y salté sobre la gravilla desde el estribo más bajo. Mi madre volvió a entrar en el vagón.

Subimos un pequeño trecho por la maleza. Me volví hacia el tren y saludé a mi madre agitando el brazo. Detrás de las ventanillas aún se veía gente, pero la mayoría había bajado. Trude me cogió de la mano y me dijo que tenía que caminar un poco más deprisa. Le pregunté qué íbamos a hacer.

—Pasearemos un poco y buscaremos algo —respondió.

Quise saber por qué no nos acompañaba mi madre.

—Déjala tranquila en el tren —contestó—, ya le llevaremos alguna cosa.

Caminamos a lo largo de los vagones, junto a los cuales había gente tumbada y sentada. Otros habían entrado en el bosque y contemplaban la escena bajo los árboles. Trude me hizo cruzar la vía entre dos vagones y por debajo del enganche. Le pregunté qué pasaría si el tren se ponía en marcha, pero repuso que continuaría inmóvil hasta que no hubieran puesto una locomotora. Miré y comprobé que en

ninguno de los dos extremos del tren había una locomotora.

Caminamos por el prado. A aquel lado del tren había mucha menos gente.

Al cabo de un rato Trude me dijo que habíamos llegado cerca del agua. Vi a varias personas con la cara y las manos mojadas, pero no descubrí dónde estaba el agua. Trude se agachó a mi lado, acercó su cabeza a la mía, señaló con un dedo y dijo:

—Mira, allí, entre las ortigas, allí está.

Entonces la vi. Había un sendero que la gente recorría continuamente para llegar a ella, pero Trude pisoteó las ortigas y abrió una senda nueva para nosotros. Sacó una botella que llevaba consigo envuelta en un trapo, la llenó de agua y la puso sobre la hierba. Después se lavó la cara y las manos y me indicó que siguiese su ejemplo. Me lavé las manos pero sin mojarme la cara. Trude humedeció una punta del trapo y me limpió las mejillas y la frente. Luego empezó a recoger ortigas.

—Ayúdame un poco —me pidió—, así acabaremos antes.

Me pinché. Ella me enseñó a coger las ortigas por la parte baja del tallo, sin pincharme. No lo conseguí. Me envolvió la mano con el trapo. Jugamos a ver quién recogía más. Gané yo, porque tenía la mano envuelta en el trapo. Después, Trude envolvió las ortigas con éste y se puso el pequeño fardo bajo el brazo. Yo llevé la botella con mucho cuidado.

Otra vez nos arrastramos por debajo del tren y la gente nos preguntó dónde habíamos encontrado el agua y las ortigas.

—Por allá —respondió Trude—, un poco más lejos.

Regresamos al vagón donde estaba mi madre.

Mi madre dijo que se alegraba de que hubiésemos vuelto. Trude le preguntó si tenía una olla, pero era evidente que no teníamos ninguna. Trude y yo bajamos de nuevo. Nos dirigimos a otro vagón, donde alguien había encendido un fuego.

Preguntó si le permitían utilizarlo. Nos dijeron que sí. Al lado había una especie de cacerola. Trude la pidió prestada, a lo que también accedieron, y quiso saber qué había contenido.

—Lo mismo —contestó un hombre.

Trude llenó la cacerola con agua y la sostuvo encima del fuego todo el tiempo que le fue posible. Cuando se calentaba demasiado, retrocedía un poco o se la cambiaba de mano. El agua empezó a hervir. Puso la cacerola en el suelo y echó las ortigas dentro. Después la puso otra vez en el fuego. De vez en cuando, añadía algunas ortigas. Luego llevamos la sopa a mi madre. Tomó un poco y dijo que era una sopa de verduras muy rica. Yo también tomé un poco, pero a mí no me gustaron las ortigas. Trude y mi madre vaciaron la cacerola. Después Trude envolvió las ortigas que sobraban en el trapo y puso el bulto sobre la rejilla del equipaje, encima del sitio que ocupaba mi madre.

Dejó la botella de agua en el suelo, al lado de mi madre. Fuimos a devolver la cacerola y nos quedamos un rato sentados junto al fuego.

—Se está mucho mejor aquí que en ese apestoso tren —comentó Trude.

De repente oí disparos. La gente comenzó a gritar y salió del bosque corriendo en dirección al tren. Urgí a Trude a subir al vagón, pero dijo:

—Tranquilo, subiremos luego, no hay ninguna prisa.

Miré a lo largo del tren. Todavía quedaba gente fuera, pero la mayoría ya había subido. A continuación miré hacia el otro lado. Allí ya no había nadie. Delante de la puerta de nuestro vagón esperaban muchas personas, algunas con el pie puesto en el estribo. Un momento después subió la última. Entonces vi un soldado. Llevaba el fusil bajo el brazo, disparó y siguió su camino. No había nadie detrás de él. Se acercó. Me agarré a Trude y tiré de su falda. Insistí en que debíamos subir al tren, porque de lo contrario el soldado dispararía contra nosotros. Se levantó con parsimonia, me cogió de la mano y avanzó lentamente hacia la entrada del vagón donde estaba mi madre. Dijo que no había ninguna prisa, pero que si yo tenía miedo podía subir.

Nos detuvimos delante de la entrada. Trude miró al soldado. Estaba muy cerca de nosotros. Tiré de la mano de Trude porque necesitaba su ayuda para subir al estribo. El soldado permaneció inmóvil cerca de nosotros. Trude lo miró a la cara. Él también la miró a la cara. Yo me quedé mirando el agujero negro del fusil. Oía decir a Trude que no tenía prisa. «Subid», ordenó él. Trude dijo que era muy fácil asustar a la gente con un fusil. Bastaba verme a mí. Y preguntó qué sentido tenía subir al tren, si ni siquiera le habían puesto la locomotora.

—Procure subir al tren antes de que vuelva —dijo el soldado—. Esta noche las puertas se cierran con llave.

Se alejó. El fusil dio una vuelta alrededor de nosotros. Oí un disparo. Intenté subir al estribo, pero me caí.

—¿Te divierte hacer eso, cobarde? —gritó Trude.

El soldado se echó a reír. Delante de él la gente se apretujaba para subir al tren. El soldado volvió la cabeza, levantó el fusil en dirección al bosque y disparó. Volvió a reírse.

—El muy idiota —masculló Trude.

Le gritó a mi madre que todo iba bien, que continuaríamos fuera todavía un poco más, y luego me ayudó a levantarme.

Nos sentamos debajo de un árbol y desde allí contemplamos el tren y el prado. El sol se ponía, llenando de colores el cielo.

El soldado volvió y se detuvo a nuestra altura. Llevaba el fusil echado al hombro y el pulgar pasado por la correa.

—Ahora tenéis que subir al tren —dijo.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta del vagón. Trude se detuvo. Miró al soldado a la cara y le preguntó:

—¿Dónde estamos? ¿Qué va a pasar ahora?

—No me permiten deciros dónde estáis —respondió él, mirándola a su vez—, pero se acabó.

Trude me apretaba con tanta fuerza la mano que me hacía daño. Levanté la mirada hacia su rostro. Entonces me levantó y me puso en el tren. A continuación, subió. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia el soldado y le dijo:

—Asqueroso embustero.

Él cerró la puerta con llave y se alejó lentamente.

Trude me pidió que no contase nada de aquel incidente. Mi madre quiso saber qué había pasado y Trude contestó que el soldado sólo pretendía asustar a la gente. Pero no mencionó el altercado.

Cuando empezó a oscurecer, me enviaron a dormir. Mi madre explicó que no podía tenerme en su regazo, porque necesitaba levantarse con frecuencia para ir al lavabo. Dejaron que me acostase en la rejilla, encima del otro banco. Era difícil subir a ella. Una vez acostado tuve miedo de caer al suelo cuando me volviese de lado mientras dormía. Mi madre se puso de acuerdo con los demás para que me acomodase sobre el banco. Todos dormirían sobre el banco por turnos. Ella me cedió el suyo.

No lograba conciliar el sueño y dejaron que me levantase otra vez. Estaba oscuro. De vez en cuando volaban aviones por encima de nosotros. A lo lejos se oían disparos. Por lo demás, sólo percibía la respiración de los que dormían.

Cuando el banco volvió a quedar libre, seguía sin tener sueño. Pero al turno siguiente ya estaba muy cansado. Y no se veía nada a causa de la oscuridad. Por eso me eché a dormir.

Soldados

Me dejaron dormir sobre el banco hasta que me desperté solo. Ya era otra vez de día. El tren seguía parado entre el bosque y el prado. A través de la ventanilla vi el lugar donde habíamos preparado la sopa. Me volví hacia mi madre y quise preguntarle si era la mañana siguiente a la noche en que me había quedado dormido. Dormía. Trude, que estaba sentada a su lado, me dijo que se sentía muy cansada y que no debía molestarla. Me senté en el banco. Quedaba bastante sitio libre. Había mucha menos gente en nuestro vagón. Le pregunté a Trude dónde se habían metido los demás. Respondió que algunos se habían ido a recorrer el tren y que otros habían ingresado en el vagón que hacía las veces de enfermería. Me puse delante de la ventanilla y miré hacia el prado. Oí pasos sobre la gravilla, pero no vi nada.

El ruido se acercaba. Apreté la nariz contra el cristal para mirar mejor. Por la derecha, vi que se acercaban soldados marchando en columna, y detrás de ellos muchos más, y más. Le grité a Trude que llegaban soldados. Repuso que ya lo sabía. Grité que era muy peligroso, que había muchísimos. Se levantó y miró por la ventanilla.

—No —murmuró—. No —repitió.

Le dije que lo viera con sus propios ojos. De pronto oímos gritos procedentes de los otros vagones. Trude cogió a mi madre y la sacudió. Más gente miró hacia fuera. Pasó la primera fila de soldados. Miraban al frente. Llevaban los fusiles colgados del hombro. Al andar extendían las piernas muy rectas delante de ellos. Mi madre volvió la cara hacia el tabique y exclamó:

—¡Déjame, por favor!

Trude se echó a llorar.

—¿Lo ves? —preguntó—. ¿Lo ves? Son los rusos, ya somos libres, se acabó.

Me apretó contra su cuerpo. Más gente gritó entonces que eran los rusos y que habíamos sido liberados. Yo también me eché a llorar. Le dije a Trude que no era cierto y que se trataba de soldados como los del campo o aquel que el día anterior nos había obligado con malos modos a subir al tren.

—Son los rusos, somos libres —repitió Trude.

Otra vez sacudió a mi madre, que la miró a la cara, después miró por la ventanilla y me abrazó.

—Gracias a Dios —musitó.

Dijo también que se sentía muy mal y que probablemente tuviera que ingresar pronto en el vagón-enfermería, porque de lo contrario nuestra salud también corría peligro. Añadió que yo debía permanecer junto a Trude y pidió a ésta que me cuidase bien. Trude se lo prometió, pero le dijo a mi madre que era preferible que permaneciese en nuestro vagón hasta que nos permitiesen abandonar el tren, pues no le parecía conveniente ni necesario que ingresara en el vagón-enfermería.

Repetí que los soldados eran como los de antes y que todo el mundo se había vuelto loco. Trude me señaló la diferencia entre los *boches* y los rusos. Se evidenciaba en sus gorras, en sus caras y en sus botas, pero yo no encontraba ninguna diferencia. Poco después pasó otra columna de soldados. Trude me indicó que aquéllos no llevaban fusiles ni cascos en la cabeza. A su lado iban otros soldados con fusiles y gorras. Ésos eran los rusos. Los demás eran *boches* que habían caído prisioneros. Seguí mirando. De vez en cuando llamaba a Trude para preguntarle si el soldado que le señalaba era un ruso o un *boche*. Al cabo de dos o tres veces, ya conseguí distinguirlos.

Los rusos se llevaron a todos los *boches*. La vía férrea estaba cubierta de ellos. Le pregunté a Trude si los rusos iban a fusilados. Contestó que no lo creía, pero que no le importaría que lo hiciesen. Otro niño se puso delante de mi ventanilla. Había cogido una rama de árbol y la manejaba como si se tratara de un fusil. Disparó contra los *boches*. Le pedí que me dejara disparar también. No me dejó, pero Trude partió la rama por la mitad y así los dos pudimos matar a tiros a los *boches* prisioneros. De vez en cuando rozábamos a un ruso, pero era por accidente.

Había mucho ruido en el tren. Se oían gritos y llantos y los disparos de los niños. Trude me preguntó por qué no quería disparar más. Le dije que de todas formas no morían de verdad. Después me senté junto a mi madre y le acaricié la mano. Estaba durmiendo.

Desde el lugar donde estaba veía pasar las cabezas de los soldados. Para entonces ya conocía la diferencia entre los rusos y los *boches*.

Todavía había mucho ruido en el vagón. Y empezó a hacer mucho calor. El sol daba de lleno en el tren desde la mañana. No se podían bajar las ventanillas y las puertas aún estaban cerradas con llave. Ya no pasaban tantos soldados, y casi siempre eran sólo rusos.

Se oyó el silbido de una locomotora. Al cabo de un rato notamos un golpe y después nos pusimos en marcha. La gente dio gritos de alegría.

Nos detuvimos en una pequeña estación. Trude me preguntó si podía leer el nombre. Leí la palabra «Trobitz». Dijo que tenía que recordar muy bien ese nombre.

Bajamos del tren.

Pusieron a mi madre en una carreta y la llevaron a un hospital.

Yo acompañé a Trude. Tuvimos que hacer cola durante un ratito, pero no fue muy

largo. Después caminamos con otra gente y algunos soldados rusos por entre las casas de Trobitz. Llegamos a una gran casa blanca. Los rusos hicieron abrir las puertas. Después obligaron a salir a los que estaban dentro y nos dejaron entrar a nosotros. Trude, yo y otra mujer, Eva, nos instalamos en el desván, porque éramos quienes podíamos subir mejor por la escalera. Había una cama grande en la que cabíamos los tres cómodamente. Eva salió un momento y volvió con sábanas, toallas y jabón. Trude me lavó con agua y jabón de los pies a la cabeza mientras ella también se lavaba. Después tuve que ir a dormir. Ya se había hecho otra vez de noche. Trude dijo que permanecería sentada a mi lado hasta que el sueño me venciese. Luego bajaría un momento y quizá saliera, pero en ese caso Eva se quedaría abajo.

Las sábanas eran lisas y blancas, y estaban bien planchadas. Sobre ellas había una manta azul claro. La cama era grande, así que no había peligro de que me cayese al suelo. Y además era muy suave y calentita. Mi cabeza se hundía en la almohada. Trude corrió la cortina. Dejó encendida la lamparilla de noche.

Se oían pasos y risas procedentes de abajo.

Trude se sentó en la cama. Le pedí que me pusiese la mano sobre la cabeza. Mi madre lo hacía siempre para que me durmiese antes.

Ella apoyó una mano sobre mi cabeza y murmuró:

—Nuestra primera noche en libertad. Duerme a pierna suelta.

Patatas

Pocos días después de nuestra llegada a Trobitz, Trude y yo caminábamos por calles grises entre casas grises. Las casas tenían ventanas muy pequeñas, muy diferentes de las de la nuestra. También tenían contraventanas. Había poca gente en las calles. Era la hora de la comida. Brillaba el sol. Hacía calor.

Llegamos a una verja que delimitaba un prado. Trude abrió la puerta —me dijo que estaba permitido, que podíamos hacer cuanto nos diese la gana— y la cerró detrás de nosotros.

—Este camino hacia el hospital es mucho más corto —comentó.

Caminamos a través de la hierba. Tenía que andar con cuidado para no pisar las bostas.

Llegamos a una granja. El establo había sido convertido en hospital. Allí quedaba mucho más espacio que en la enfermería donde había estado mi padre. El suelo era de piedra gris.

Anduvimos a lo largo de las camas buscando a mi madre, pero no la vimos. Regresamos sobre nuestros pasos y Trude preguntó a una mujer que estaba sentada en una cama si sabía dónde podíamos encontrarla.

—¿Ésa? ¡Oh, está durmiendo! —contestó.

—Sí, pero ¿dónde? —insistió Trude—. Le hemos traído unas patatas y este niño es su hijo.

La mujer señaló con la cabeza la cama contigua. Nos volvimos. En aquella cama había una figura completamente oculta bajo la manta. Sólo se veía un mechón de sus cabellos. Eran rojos y muy rizados. Parecía el pelo de mi madre.

Trude se acercó y levantó un poco la manta. Anunció en voz baja nuestra presencia, y añadió que nos gustaría mucho hablar con ella y que le habíamos llevado algo. Yo también me acerqué, pero mi madre se cubrió la cabeza con la manta y continuó echada. No abrió la boca.

Trude se volvió hacia la mujer sentada en la cama y le preguntó qué tal se encontraba mi madre.

—Mal —respondió la mujer—. No quiere comer nada y está muy débil. Y cuando come algo, lo caga enseguida. O lo vomita. Está muy mal. Pero tampoco quiere tomar las medicinas, a pesar de lo que dice el doctor. Más vale que se lleve esas patatas a casa.

Trude miró a mi madre y le repitió que estábamos allí y que teníamos unas patatas para ella. Se acercó a mí y me apartó un poco, más allá de los pies de la cama. Me advirtió que no debía acercarme demasiado, porque mi madre estaba muy mal, y que si no me mantenía alejado corría el peligro de enfermar.

A continuación cogió la bolsa con las patatas y se acercó a la mujer. Oí que le decía:

—Entonces quédese las. Sería una lástima que nos las llevásemos otra vez a casa, porque tenemos más. Si ella no se las come, al menos aprovéchelas usted.

De pronto la manta de la cama de mi madre se levantó. Unos cabellos largos, rojos y rizados saltaron por encima. Se oyeron chillidos bajo la manta.

—¡No hagas eso! ¡No lo hagas! ¡Esa ramera nunca da nada a nadie y tú no deberías mostrarte tan generosa! ¡Entrégame esas patatas! ¡Son mías! ¡Entrégamelas!

Trude se acercó a la cama de mi madre y le dijo que ya se las había dado. La mujer escondió la bolsa. Los chillidos continuaron.

—¿Por qué has traído al niño a este lugar? ¿Quieres que también se ponga enfermo? Sabes muy bien que aquí todo el mundo se muere.

Trude le dijo que en vez de chillar tanto debería hacer lo que le había dicho el médico y tragarse las píldoras.

Se alejó y volvió con un vaso de agua.

—Esa agua no es potable. Lo que tú quieres es verme muerta, ¿no? —gritó mi madre desde la cama.

Trude bebió un sorbo, puso el vaso al lado de la cama y conminó a mi madre a tomarse las píldoras de inmediato.

La manta descendió sobre la cama. Los cabellos continuaron apuntando en todas las direcciones. También ocultaban su rostro.

—Si me muero, la culpa será vuestra —chilló. Las píldoras desaparecieron en su boca, que casi no podía verse, y se bebió el agua—. Las patatas son mías. ¡Quiero que me las devuelvas!

Trude se acercó a la mujer e intercambió unas palabras con ella. Le prometió que le llevaría más patatas. La mujer se encogió de hombros, suspiró, dijo «Está loca» e indicó que encontraría la bolsa debajo de la cama. Trude la cogió y la puso sobre el lecho de mi madre, que cogió bruscamente la bolsa y examinó su interior. Metió una mano y extrajo una patata, que estudió minuciosamente. La bolsa quedó sobre la cama. Mi madre levantó la mano que sostenía la patata y la mujer de la otra cama gritó «¡Cuidado!» al tiempo que cogía su almohada con la intención de protegerse. La patata la golpeó en medio de la cara.

—Pero ¿te has vuelto loca? —exclamó Trude.

La mujer arrojó la almohada en dirección a mi madre y se echó a llorar. Las patatas volaron alrededor de nosotros. Una de ellas alcanzó a Trude, quien me advirtió que me agachara y me fuese. Cada lanzamiento de patatas iba acompañado de gritos: «¡Queréis verme muerta!», «¡Me las pagaréis!», «La muy bestia, ¡ella es la que está loca!».

Llegaron dos hombres. Apartaron las patatas que quedaban y obligaron a mi madre a tumbarse. Uno de los hombres le aplicó una inyección. La mantuvieron inmovilizada todavía unos instantes. Después la cubrieron con las mantas y devolvieron la almohada a la otra cama. Nos pidieron que nos marchásemos.

Trude me cogió de la mano y nos acercamos a la cama. Mi madre estaba echada

sobre un costado, dando la espalda a la otra mujer. Rodeamos la cama. Los enfermeros le habían echado el cabello hacia atrás. Entonces reconocí el rostro de mi madre. Esbozó una sonrisa y dijo que estaba contenta de verme, que tenía buen aspecto y que debía procurar no caer enfermo. Se echó a llorar.

Trude la cubrió un poco más con la manta y le prometió que me cuidaría bien.

—Tienes que hacer todo lo que indique el doctor, y así pronto estarás con nosotros —añadió.

Mi madre empezó a dormirse. Nos fuimos.

Unos días después dimos un paseo por las afueras del pueblo y recogimos flores para nuestra habitación. Eran blancas y amarillas. Trude me explicó que se llamaban margaritas. Las arranqué casi a ras de tierra, porque si no el tallo sería demasiado corto para ponerlas en un vaso. No había nadie más que nosotros dos. Sólo oía de vez en cuando el mugido de una vaca, el canto de un pájaro o el viento que silbaba en mis oídos. Hacía calor.

Pregunté cuándo podríamos ir a ver a mi madre.

—Es imposible —contestó Trude—, han cortado el camino. Le recordé que la vez anterior se había limitado a abrir la puerta de la verja.

—Es imposible —repitió.

Le dije que había otro camino que conducía al hospital; cruzaba el pueblo y no hacía falta ir por el prado. Quizá fuese algo más largo, pero llegaríamos de todos modos. Se echó a llorar y dijo:

—Han cortado el camino, ¿no me has oído? Todos los caminos están cortados. Ése también.

Le pregunté cómo era posible que todos los caminos estuviesen cortados, si sólo hacía un momento que habíamos pasado por uno.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo. Ya no lloraba—. Más tarde te explicaré por qué.

Pregunté si cuando ya no hubiese barreras me permitirían visitar a mi madre.

—Más tarde —respondió, y, tras una pausa, propuso—: ¿Vamos a coger más flores?

Recogimos un gran ramo de flores para nuestra habitación.

Matanza

Trude había subido al desván para dejar las flores. En el jardín que había detrás de nuestra casa los hombres perseguían un cerdo. Intentaban atraparlo, pero siempre se les escapaba. Hablaban entre ellos y batían palmas mientras procuraban acorralarlo. El cerdo chillaba. Algunas mujeres gritaron desde la ventana. Yo me encontraba cerca de la puerta. Dos hombres lograron capturarlo. Uno lo sostuvo por las orejas con las dos manos y el otro por la cola. El cerdo no paraba de chillar. Los demás hombres se acercaron a él. Uno de ellos sostenía un cuchillo en la mano. Los otros arrastraron al animal por la patas. Cayó al suelo. El hombre armado con el cuchillo levantó el brazo muy alto y gritó a los otros que se apartaran un poco. Entonces, bajó el brazo trazando un amplio arco y hundió el cuchillo en el cerdo. La sangre salpicó en todas las direcciones. Algunos hombres volvieron la cabeza. Los chillidos se debilitaron. El hombre clavó el cuchillo otra vez, y otra. Después una mujer salió corriendo de la casa. También llevaba un cuchillo en la mano. Se acercó a toda prisa al cerdo y empezó a cortar un trozo. Las mujeres que estaban asomadas a las ventanas gritaban de alegría. Algunas salieron también con cuchillos y se pusieron a despedazar al animal. Se llevaron los trozos al interior de la casa. Había sangre por todas partes. Alguien dijo que estaba prohibido comer carne de cerdo.

Salió Eva y preguntó a qué se debía tanto alboroto. Miró al cerdo y a la gente que estaba descuartizándolo. Luego se acercó a mí y me cogió de la mano. Me llevó al interior de la casa.

—¿Dónde está Trude? —preguntó—. ¿Qué haces tú solito con esos locos?

Respondí que habíamos estado cogiendo flores y que Trude había subido para ponerlas en nuestra habitación. Me acompañó por el pasillo, abrió la puerta de entrada y me hizo salir. Delante de la casa todo estaba mucho más tranquilo, aunque me llegaba el griterío del jardín trasero. Arrimado a la pared, junto a la puerta, había un banco. Nos sentamos allí.

—Lo que ha pasado debe de ser horrible para ti —dijo Eva.

Repuse que era capaz de soportarlo, porque había dejado de ser un niño pequeño.

—Pero para ti ha de ser muy triste —insistió.

Le dije que lo que más me había molestado eran los chillidos. Le conté que a los hombres no les había resultado nada fácil, y que habían quedado cubiertos de sangre.

—¿Y eso es lo que te parece peor? —preguntó Eva.

Di varios puntapiés a la gravilla y observé saltar las piedrecitas. Luego dije que sabía muy bien que el camino del hospital estaba cortado.

—Sí —comentó.

»Y eso debe de parecerte verdaderamente horrible, ¿no? —añadió.

Repuse que, desde luego, me fastidiaba, pero que más tarde iría a ver a mi madre.

—¿Más tarde? ¿A qué te refieres con eso de más tarde?

Le expliqué que Trude me había dicho que el camino estaba cortado, pero que más adelante me dejarían visitar a mi madre. Y que en aquel momento no estaba en situación de entenderlo, pero que Trude ya me lo explicaría.

Eva se levantó y me cogió de la mano. Me llevó al interior de la casa y me hizo subir por la escalera.

—Parece como si todos se hubiesen vuelto locos —murmuró para sí—. Más tarde, más tarde...

Llegamos arriba y abrió de golpe la puerta de la habitación, sin llamar. Pensé que a Trude no iba a gustarle aquello.

Trude miraba por la ventana. Las margaritas lucían en tres vasos puestos sobre tapetes blancos. La cama estaba hecha y las sábanas, blancas y bien planchadas, aparecían dobladas sobre el borde superior de las mantas y parte de las almohadas blancas. Una luz amarillenta penetraba a través de la blanca cortina.

Eva se dirigió a Trude y gritó:

—Pero ¿tú también te has vuelto loca? Este niño ni siquiera sabe qué es lo que le ha ocurrido a su madre. Cree que más tarde podrá ir a verla. ¿Qué tontería es ésa?

—No grites tanto —masculló Trude—. Lo sabe muy bien. Se lo he contado todo.

—¿Qué es lo que te ha contado? —inquirió Eva volviéndose hacia mí—. ¿Algo sobre un camino cortado?

Asentí con la cabeza.

—¿Lo ves? —dijo Trude.

—¿Te ha dicho también que más adelante podrías ver otra vez a tu madre? —me preguntó Eva.

Volví a asentir. Eva miró a Trude, que musitó:

—Ya lo comprenderá algún día.

Eva me cogió por el brazo. Se plantó frente a mí, luego se puso en cuclillas y dijo:

—Escúchame bien, tesoro, tengo que contarte algo muy grave.

Miré a Trude, pero ella estaba mirando otra vez por la ventana.

Observé la boca de Eva.

—Es algo muy grave, ¿entiendes? Algo terriblemente grave. —Hablaba muy lentamente, como si yo no comprendiese el holandés, pero al mismo tiempo en voz alta y clara—. Ya no podrás ir a ver a tu madre. Nunca más. Ha muerto.

Repliqué que aquello era una tontería, porque Trude me había dicho que cuando abriesen el camino iría a verla. Miré a Trude.

—Ha muerto —repitió Eva—. Sabes muy bien lo que eso significa. Está muerta. Igual que tu padre. Ya no podrás ir a verla. ¿Lo comprendes?

Repetí que Trude me había prometido que más adelante podría ir a verla.

—Pregúntaselo a Trude —dijo Eva—. Trude, ¿ha muerto su madre?

Se lo preguntó en mi lugar.

Trude volvió ligeramente la cabeza hacia nosotros, pero continuó mirando por la ventana.

—Sí —musitó.

—Y ¿podrá más adelante ir a ver a su madre? —preguntó Eva. Me puso una mano en la nuca y volvió mi cabeza hacia Trude.

—Bueno..., yo quise decir otra cosa —contestó Trude.

—¿Podrá ir a verla? —gritó Eva.

Trude nos miró. Dio media vuelta y soltó la cortina.

—No —respondió—, ya no es posible. Tu madre ha muerto.

Eva se levantó y dijo:

—Es algo terrible, pero debías saberlo.

Asentí con la cabeza. Frente a mí había una mesa y sobre el tapete que la cubría un vaso con flores. Cogí el vaso y lo arrojé al suelo. Pisoteé las flores, arranqué el tapete y comencé a golpear la mesa con el vaso. A continuación derribé la mesa y la emprendí a puntapiés con ella. Le grité a Trude que era una asquerosa y que no me tratase como a un niño pequeño. Me puse a temblar y rompí a llorar. Dije que nunca había visto flores más feas, que estaba seguro de que había sido la propia Trude quien había cortado el camino, Trude, que había regalado a otra mujer las patatas de mi madre, que había obligado a ésta a tomar píldoras y agua en mal estado, y que era la culpable de que estuviese muerta y yo no pudiera verla. Tenía mucho calor. Intenté decir más cosas, pero no lo conseguí. Me desplomé y noté que Eva me sostenía. Quiso meterme en la cama con la ayuda de Trude. Le dije a ésta que se marchara, que me dejase tranquilo, que me había mentido y que nunca más volvería a creer en ella. Trude se apartó. Continuó en la habitación, pero ya no pude articular sonido. Eva me desnudó y me metió en la cama.

Me dio un beso en la frente.

La piel me ardía, pero no lograba apartar las mantas.

—Tiene fiebre —dijo Eva—. Hemos de avisar al médico.

Enfermedad

—Trude, ven corriendo; se ha caído al suelo.

Me levantaron y me metieron otra vez en la cama. Sentí una mano sobre la frente.

—Ya le ha bajado la fiebre.

Abrí los ojos. La luz era tan intensa que volví a cerrarlos rápidamente. Eva y Trude pronunciaron mi nombre. Intenté abrir otra vez los ojos. Quise cubrírmelos con la mano para protegerlos del resplandor, pero no logré moverme. Intenté preguntarles por qué había tanta luz y por qué no me habían despertado antes, pero tampoco fui capaz de eso.

—Está diciendo algo. ¿Le entiendes?

Otra vez pronunciaron mi nombre en voz alta. Asentí con la cabeza.

—Lo ha entendido. ¡Oh, Trude, lo ha entendido! Gracias a Dios, lo peor ha pasado.

Desperté. Vi a Trude sentada a mi lado, en una silla. Eva se encontraba de pie junto a la cama, mirándome. Fuera estaba casi oscuro. Dentro había una vela encendida.

—¡Cuánto has dormido!

Sonrieron. Les dije que no había dormido muy bien.

—Eso fue porque tenías mucha fiebre.

Me contaron que había chillado, que había tirado las mantas al suelo, que había dado puntapiés como un loco y que me había caído de la cama. También me habían aplicado muchos paños de agua fría en la frente, y me había visitado el médico.

—¿Te acuerdas de todo eso?

Contesté que recordaba que me habían metido en la cama, que la luz era muy fuerte y que había estado soñando.

Quisieron saber qué había soñado. Respondí que era algo con nieve y fuego, pero que no recordaba nada más.

Pregunté si podía levantarme o si todavía era demasiado pronto, y por qué ellas ya estaban vestidas. Dijeron que no era por la mañana sino de noche, y que debía permanecer en la cama hasta que me hubiese curado.

Repliqué que no estaba enfermo, que sólo había tenido un mal sueño.

Trude me informó de que el médico no tardaría en regresar y que si encontraba que estaba enfermo y tenía fiebre me diría que continuase en la cama. Pregunté cómo era posible que fuese de noche, si cuando me había acostado también lo era.

—Hace cinco días que estás enfermo y has tenido una fiebre terrible —me explicó Trude.

Miré a Eva y dije que eso no era posible, puesto que me había acostado de noche, y que si realmente hubiera estado cinco días en la cama lo sabría muy bien. Eva se mostró de acuerdo con Trude y añadió que habían temido que muriese, pero que ya

había pasado todo.

—Ahora debes comer mucho y procurar recuperar las fuerzas muy pronto.

Noté que, en efecto, tenía fiebre, pero no acababa de creerme que hubiese pasado cinco días en cama. Había un agujero oscuro en el tiempo.

Íbamos en un camión. La parte delantera de la caja estaba llena de trastos: maletas, bolsas, trapos, mantas.

Trude se había agenciado una especie de petate de marinero. Yo estaba sentado encima y miraba hacia atrás, más allá de la gente que iba sentada en la caja. A lo largo de los laterales habían puesto bancos, en uno de los cuales se había sentado Trude. Gritó que debía abrocharme bien el abrigo. Había puesto unos bultos blandos a mi alrededor para protegerme del viento. Alguien gritó:

—¡Todavía faltan cien kilómetros!

Una mujer se dirigió gateando hacia la cabina del camión y golpeó el techo con los puños. Apareció una cabeza por la ventanilla. Un canadiense se encaramó a la caja. Rodeó el hombro de la mujer con un brazo y acercó la oreja a la boca de ésta. Asintieron y negaron con la cabeza. Dijeron *fast* y *slow* y *okay*. El canadiense repartió cigarrillos y chocolate y regresó a la cabina, pasando por encima del borde de la caja. No me gustaba el chocolate. El motor rugía con más fuerza aún. La mujer volvió a golpear la cabina. Los árboles desfilaban cada vez más rápido.

—Todavía faltan sesenta kilómetros.

Sentí ganas de orinar. Grité a Trude que tenía mucha prisa. Se lo repetí tres veces. Ella se arrastró hacia mí. Me preguntó si quería hacerlo por encima del borde de la caja. Respondí que no. Trude me dijo que en ese caso no me quedaba más remedio que aguantarme. Contesté que ya no podía. Entonces me dijo que me lo hiciera en los pantalones. Me eché a llorar y repliqué que mi madre nunca lo hubiese consentido. Trude dijo que en ese caso estaba permitido, y que mi madre seguramente habría dicho lo mismo. No la creí. Me indicó que lo hiciera por encima del borde. Le pedí que me quitase el pesado paquete que tenía encima de las rodillas. Se disponía a hacerlo, cuando le dije que ya era demasiado tarde. Entonces lo dejó.

Poco a poco, mis pantalones se volvieron calientes y húmedos. Solté un suspiro, empecé a tiritar y dejé de contenerme. Por un instante todo quedó sumido en el silencio. Cesaron el viento, el ruido del motor y los gritos. Vi el bulto blando sobre mis rodillas. Sentí que mis piernas y mi vientre se calentaban y mojaban lentamente. Deseé que todo mi cuerpo se volviera igual de cálido y húmedo.

—Todavía faltan cuarenta kilómetros.

Tenía frío. Algunas personas empezaron a cantar. La gente se inclinaba todo lo que podía por encima de los bordes laterales del camión.

—¿Alcanzas a leerlo?

—Sólo faltan dieciséis kilómetros; llegaremos pronto.

Muchos se echaron a llorar y se abrazaron.

—Ahora ya no puede pasarnos nada. Ya hemos llegado.

—No hay que alegrarse antes de hora —advirtió un hombre.

—Catorce kilómetros, sólo catorce kilómetros.

Oímos gritos de alegría procedentes de los otros camiones. Primero, de los que nos adelantaban. Luego, de los que iban detrás del nuestro.

Aminoramos la marcha.

—Ámsterdam, seis kilómetros.

—Ya veo las casas.

—Yo también.

De repente, todos cayeron al suelo. El camión había acelerado de repente. El canadiense asomó la cabeza por la ventanilla de la cabina.

—*Okay?* —preguntó entre risas.

Los que habían caído gritaron, divertidos y enfadados a un tiempo: *Okay!*, y continuaron sentados.

—Ya hemos llegado, estamos en casa.

—Hemos vuelto.

—¡Viva Mokum!

Todos se abrazaron y felicitaron. A mí también me felicitaron. Dieron vueltas arrastrándose en el camión que traqueteaba, cayeron y volvieron a levantarse.

Antes de que el camión se detuviera, algunas personas habían trepado ya por encima de los bordes de la caja. Se arrojaron al suelo y besaron los adoquines. Lloraban.

Trude me llevó al interior de un edificio. En una sala grande había colchones de paja cubiertos con mantas.

Me lavó de arriba abajo con jabón y me dio ropa nueva. Después celebramos una fiesta. Y, por el momento, no me mandaron a dormir.

Más tarde, Trude me metió en la cama. Dijo que volvía a la fiesta. Me pareció muy bien.

—Que tengas felices sueños. ¡Tu primera noche de regreso en Mokum!

Me besó y se fue. Cuando llegó a la puerta me saludó con la mano, riéndose.

El dormitorio estaba sumido en el silencio. Desde la sala donde se celebraba la fiesta me llegaban la música, los cantos y los gritos alegres de la gente.

Tía Lisa

Trude se había enterado de que el señor Paul y su esposa se habían ofrecido a ocuparse de mí. Los visitamos varias veces. La mujer del señor Paul me pidió que la llamara «tía Lisa» en lugar de «señora G».

No era mi tía, ni mucho menos.

Trude dijo que tenía que salir de viaje y que yo me quedaría en casa de la señora G. Respondí que prefería no ir. Me llevó de todos modos.

Trude regresó de su viaje. Vino a tomar el té.

—Bueno, y ¿qué tal te va? —le preguntó la señora G.

—Regular, regular.

La señora G le contó que yo había vuelto al colegio, que ya la llamaba tía Lisa y que comía muy poco.

Trude y la señora G estaban en la sala. Permanecían inmóviles en sus sillas, cada una con una taza de té en la mano. Yo estaba de pie, en el pasillo, sobre las tablas de color ocre. Todas las puertas se encontraban cerradas menos la de la sala. El pasillo estaba oscuro y frío. Trude y la señora G. miraban hacia fuera. No se movían. No hablaban. Contuve la respiración y agucé el oído para comprobar si todavía respiraban.

Trude dijo que el que yo comiera poco no importaba tanto, pues eso ya se arreglaría. En el campo tampoco había comido mucho.

—Si no come lo suficiente, morirá —repuso la señora G—. Ha de comer más.

Trude dijo que no podía hacer nada para solucionado. Tuvo que marcharse. Yo me eché a llorar.

Durante la cena no probé bocado. Me mandaron a mi habitación con el plato. Al cabo de un rato se presentó tía Lisa. Intentó meterme la cuchara en la boca. Me preguntó por qué me negaba a comer. Contesté que no tenía hambre y que había demasiada comida. Ella insistió en que comiese.

—Tienes casi ocho años, ya no eres un niño pequeño.

Tomé una cucharada y a punto estuve de vomitar. Le dije que en la habitación hacía mucho calor. Tía Lisa me atrajo suavemente hacia sí y me preguntó por qué había llorado tanto aquella tarde. Me acercó otra cucharada a los labios. Aparté la cabeza. Dejó la cuchara sobre la mesa, cogió con suavidad mi cabeza entre las manos y dijo al tiempo que asentía:

—Pero has de comer algo. Si no lo haces, morirás. Y no nos gustaría perderte.

Me dio un beso en los labios.

Empecé a patalear. Cogí el plato y lo arrojé al suelo. Lo pisoteé y me puse a llorar y a gritar:

—¡Me has besado en la boca! ¡Ahora me moriré! Mi madre me lo dijo.

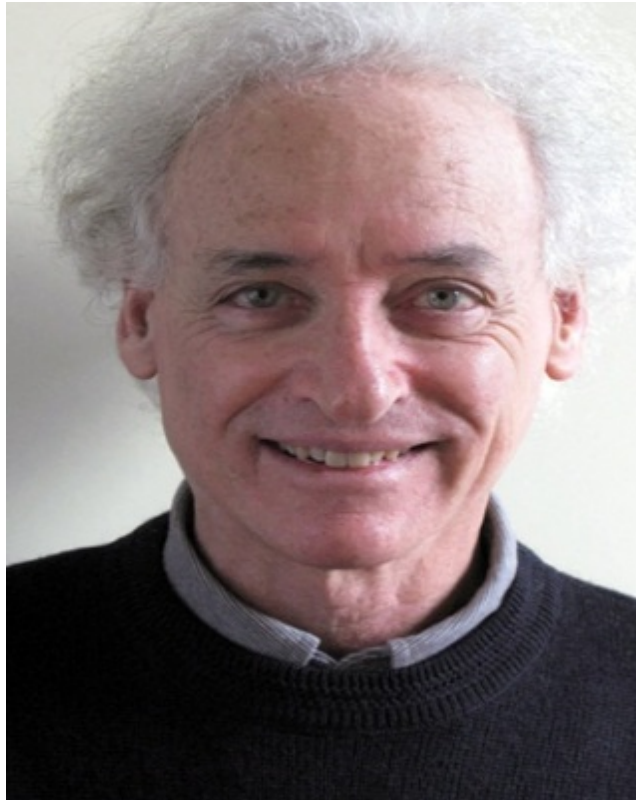
La boca se me llenó de vómito. Sentí que me ahogaba. Devolví a chorros sobre el suelo, salpicando las piernas de tía Lisa.

—Mira lo que has hecho —dijo—. Límpialo. Ya no eres un niño.

Me dio un trapo. Empecé a limpiar.

A mis padres adoptivos
que tuvieron que
aguantarme tantas cosas.

*Ámsterdam,
19 de noviembre de 1977,
a las 19.00 horas*



JONA OBERSKI, (Ámsterdam, 20 de marzo 1938) es un escritor holandés.

Hijo único de familia judeoalemana, durante el periodo nazi que coincide con su infancia fue arrestado por los alemanes y deportado al campo de concentración de Bergen-Belsen, en 1943, después de haber estado también en el campo de Westerbork. Durante este tiempo ocurre la muerte de su padre en el campo y de su madre en 1945, después de la liberación.

Finalmente es adoptado por una pareja de Ámsterdam. Después de la guerra fue a la escuela y la universidad, especializándose como físico nuclear y de partículas.

En los años 70 Oberski unió a un taller de poesía, después de lo cual se le ocurrió escribir sobre sus propias experiencias de los campos de concentración. En 1978 el libro *Kinderjaren (Infancia)* se publicó por primera vez en los Países Bajos. El libro, en particular, sigue los acontecimientos a través de los ojos de un niño pequeño. Ha sido traducido a una veintena de idiomas y adaptado al cine en 1993 con el nombre *Jona che visse nella balena* y dirigida en 1993 por Roberto Faenza.

Notas

[1] Campo de concentración de tránsito en la región noroeste de Holanda. (*N. del T.*).

<<

[2] «Ámsterdam» en el argot del pueblo; esta voz procede del vocablo hebreo *makom*, que significa «ciudad». (*N. del T.*). <<

[3] Canción patriótica holandesa. (*N. del T.*). <<